

# VIAJE A LA CIUDAD EN CUARENTENA

Epidemia, contagio y transfrontera

Leobardo Sarabia



*Viaje a la ciudad en cuarentena*

© **Leobardo Sarabia**

Primera edición 2021

ISBN en trámite

Edición, formación y diseño editorial: Metro Editores/Interzona

Diseño de portada y formato de interiores: Raymundo Larios

Arte editorial: Issa Jensen.

Fotografía de portada: Omar Martínez.

Fotografía de contraportada: Issa Jensen.

Impreso y Hecho en México.

Impreso en Artificios Media, Abelardo L. Rodríguez 747, Colonia Maestros Federales, Mexicali, Baja California CP 21370. [www.artificios.club](http://www.artificios.club).

Permitida su reproducción por cualquier medio, mecánico o electrónico con la anuencia verbal o por escrito del titular de los derechos. Los textos son responsabilidad de su autor.

# VIAJE A LA CIUDAD EN CUARENTENA

Epidemia, contagio y transfrontera

**Leobardo Sarabia**

**Tijuana**Metro

Para Ava Ordorica, quien supo anticipar los días de prueba y resistencia, que venían, esta memoria incompleta del año que vivimos en peligro.

## COVID 19. APARICIÓN Y ESTRAGO

• **¿** Cómo reconocer a la ciudad en los días de la epidemia? ¿Cómo identificar las transiciones, visibles o subterráneas, en el tiempo de la cuarentena? Si algo marca en forma decisiva a esta crisis sanitaria es nuestra relación con la ciudad, con la idea de normalidad, con nosotros mismos. La ciudad frontera modificó de golpe su respiración urbana, sus contraseñas amables, su complicada cartografía de signos, y ahora nos ocupamos en la contabilidad de muertos, en revisar las cifras de contagio, en habitar el reino de las esquelas funerarias. Un tiempo simultáneo de tristeza, desaliento y voluntad de sobrevivencia. Olvidamos que la ciudad es fantasiosa, acelerada, o fiestera, y vemos el letrero de Epidemia Covid-19 en los edificios, anunciando el fin de lo conocido. Atmósferas de sitio, paranoia, de miedo colectivo; negación, cuando la pandemia levantaba su nueva ola. En las pesadillas recurrentes, veíamos a una ciudad de infectados, de “positivos”, con una letra escarlata en el pecho. El repliegue de la población hacia la reclusión, el recinto protector de las cuatro paredes, con la noción de una seguridad erosionada, a plazos. Vimos como la epidemia destruyó el año, y sus días sucesivos, su bonita grafía de cumpleaños: 2020. Y el tiempo sucesivo se hizo lento, agobiante, repetitivo. Una nueva rutina, siempre cambiante, arraigó entre nosotros, que afectó la vida personal, familiar, colectiva. Desde marzo pasado, el contagio llegó a Tijuana, cruzando la línea fronteriza del Chaparral, la valla limítrofe con San Ysidro, el sur de California. Así empezó la cuarentena, que nunca esperamos fuese tan larga. Las secuelas serán enormes y por ahora, desconocidas. Es necesario repasar esos días desafiantes, el asombro de vivir en otra realidad, en la extrañeza como norma cotidiana.

Nadie previó la manera en que la epidemia del Covid-19 ocu-

paría la escena global, obligando a la mutación de costumbres, a la invención apresurada de otra rutina. Pocos imaginaron la mortífera condición del Covid, su letalidad sigilosa y capacidad de estrago. Cada lugar, cada país, tiene experiencias distintas, el recuento de sus daños, el inventario de pérdidas. Se vive distinto en cada sitio, pero el peligro es análogo: enfrentar la marea de contagios, el colapso de los servicios médicos, la oleada de muertes, que ensombrece familias y comunidades. Una embestida con varios frentes y duraderas secuelas, en lo económico, en lo cultural, en la vida intrafamiliar y en los rituales de la convivencia.

Algunos pensamos que no viviríamos esta experiencia. La imagen que tenemos en la mente viene de lejos, de aquellas láminas medievales, de los relatos de la ficción cinematográfica, del moridero en las calles, vistos en fotos sepias de los almanaques. Ahora, cualquier balance resulta parcial; cada quien debe comprometerse con su reflexión personal y volverla colectiva. Se requiere una pluralidad de miradas, para que no se pierdan los matices, las vivencias, la dimensión cabal del peligro y el estrago.

Esta sensación de acoso, de vida suspendida, identifica estos meses pasados; sospechamos a esos asesinos minúsculos, en el aire viciado de reuniones, de la vida en las calles. Se suceden las noticias de heroísmo, desenfado y funeral. Historias aceleradas en la periferia de la ciudad. ¿De qué se trata ahora? Identificar las señas de la nueva normalidad, aunque se trate de una realidad cambiante, siempre pospuesta.

La epidemia pegó por muchos costados. A su paso destruyó las pretenciosas expectativas de este año. ¿Qué sucede en estos meses intensos, de encierro e incertidumbre? ¿Cómo hemos enfrentado esta diferencia radical, con lo que ha sido nuestra vida hasta ahora? La fuerza del uno contra la contingencia, contra la ciudad inmensa y sola (por un tiempo), con la amenaza viral que ahí está, a la espera de que salgas o realices una mínima acción: agarrar

el pomo de la puerta, tocar un artefacto, poner las manos en la mesa y llevártelas al rostro. ¿Cómo se ha vivido en la frontera México-Estados Unidos, este paréntesis del calendario?, con el contraste de dos culturas, y opuestas formas de concebir las cosas. Con el flujo indetenible de mercancías, servicios y personas que van a trabajar o acuden a México, a divertirse, ver familiares, de compras. Cada escena se integra a un rompecabezas. La ciudad habitada/deshabitada, como anunciadas ruinas futuras, con un sorprendente silencio en las calles, los primeros días; la vida en las colonias marginales, en la ciudad profunda. El escenario urbano que recicla un mural publicitario, con anuncios anacrónicos, petrificados hace doce meses. La vida en la casa con sus nuevas reglas, el rastro de las horas, la invención de un tiempo personal a la defensiva. El uno aislado en la desazón; o extraviado en los días solitarios o plúmbeos; el yo contra la epidemia y la conmoción personal de saberse vulnerable, una posible estadística de muerte. La presencia de gente esencial; personajes perfilados en la lucha contra la tragedia, adelantados y solidarios, gente de frontera. La ciudad prescinde un tiempo de su tono fúnebre y se transforma en teatro de lo insólito; con un abanico de conductas que instauran una historia inesperada. La crisis sanitaria saca lo peor y lo mejor de las personas. En las maquiladoras transnacionales suceden incidentes desafiantes que afectan a sus trabajadores y a la comunidad entera. La solidaridad hace acto de presencia. La lucha a ras de tierra se da en los hospitales. Días de prueba, de fajina diurna y nocturna. Prevalece el factor frontera, con sus tensiones latentes y reparto de papeles secundarios. Los estadounidenses que viven en la península de Baja California deben tomar decisiones. ¿Qué hacen los autollamados Baja Birds?, jubilados, gente de la tercera edad, en un autoexilio contemplativo, paseo playero, la vida asumida con cierto placer outsider. Son una comunidad cauta, informada, al tanto de leyes y recursos y se encuentran a gusto aquí, en su

domicilio mexicano. Durante la crisis, pocos de ellos cruzan la frontera hacia el norte. Se quedan en *trailers parks* en playas, en sus residencias, tierra adentro peninsular. En la frontera, otros sucesos, otras complicaciones. Una narrativa en curso, verdades obvias que casi todos aceptamos. Como excepción, hay una corriente de insumisos, rebeldes porque sí, que les apetece acudir a teorías persecutorias para su propio soundtrack de la crisis sanitaria y vivir el relajo con alegría e irresponsabilidad.

En estas páginas intento la crónica de estos días, como testigo y habitante de una ciudad sitiada por la contingencia, por su condición de frontera y cruce de caminos. Escenario de happenings, colisiones y desastres. Estos textos quieren ser el registro de un observador participante en días de prueba. Notas rápidas en la calle deshabitada, desde la reclusión, o una mirada a través de la ventana del auto, con los ojos abiertos del paseante en sus horas extremas, para recrear la ciudad, conocida, entrañable, despiadada. Esta crónica impresionista aspira a capturar ese momento excepcional, como una forma de reconocer (y recordar) esos días dilatados, enemigos. Sensaciones, noticias, conversaciones, placazos en los muros, anuncios oficiales, en el tiempo suspendido del confinamiento y en días de cierta liberación insumisa. Escribir lo que vemos nos da esperanza, una brújula para atravesar la epidemia, en un tiempo de contagio, acelere y transfronterza. Es memoria, registro y una apuesta por la sobrevivencia.

## PRIMEROS DÍAS DE EPIDEMIA Y ENCIERRO

La epidemia provoca un viraje en la vida de todos. Con un tono de negación e incredulidad, nos internamos en una nueva realidad. Se vuelve necesario fundar otra manera de entender lo cotidiano; la vida en casa, el trabajo, la familia, el entretenimiento, el combo entero, entre cuatro paredes. El exterior es el terreno de la incertidumbre y miedo al contagio. No hay garantía alguna y la paranoia prevalece y ordena comportamientos y reacciones. Vivimos el imperio acechante de la epidemia y su encarnación miniatura, el Covid-19, ese asesino serial.



El nombre de la amenaza: SARS-CoV-2, (aka) Covid-19, Primero fue el AH1 N1, otro nombre de la influenza, la fiebre porcina, al comenzar este siglo y el nuevo milenio; la flu aviar (AH5N1), llega anunciada con las peores credenciales epidemiológicas; una baraja de nombres para definir el mal que viene del exterior. Los días de la epidemia transfronterza de 2009 los vimos casi de lejos, en la televisión, en los reportes alarmados de la prensa y la prédica de la radio pública. Más tarde, también anunciado, oímos sobre la embestida funesta de las variedades en racimo de los coronavirus; algo que parecía lejano; nos recordaba las imágenes de centenares de personas con tapabocas a las puertas de los subways y en las salas de espera de los aeropuertos.



En los primeros días no acusamos el golpe. ¿En serio? ¿Seremos de nuevo espectadores? ¿Qué papel nos toca en el reparto? No teníamos la idea de la gravedad de la mole que se venía encima. Todavía a mediados de marzo, prevalece cierta indiferencia.

Algunas tiendas empiezan a cerrar; estéticas, heladerías, tiendas de autoservicio, toman medidas precautorias y algunas, con puertas abiertas, con el estandarte al viento del libre comercio. Los taqueros resisten en las aceras y los Oxxos, son pequeñas fortalezas blindadas, en las esquinas barriales, que continúan, su comercio impávido. Las maquiladoras siguen a todo fuelle, al son de su capitalismo manchesteriano, con cierres simulados y reaperturas casi inmediatas (con los trabajadores como rehenes. Literal). Aglomeraciones festivas en Playas; todavía el cruce masivo, multitudinario en la línea fronteriza (con su fila kilométrica de autos en apariencia inmóviles, como un gran estacionamiento). Tránsito que se ha mantenido, a pesar de filtros escalonados, edictos disuasivos u horarios alternados. Pronto se dejaron sentir las secuelas. El juego depredador de la economía de mercado, con su balanza extraviada de oferta y demanda; la tendencia alcista de precios, el juego sucio del mercado negro. Sacudidas. Postales del tiempo del Covid-19: el asalto colectivo al COSTCO por víveres (y papel de baño), el cruce de mexicoamericanos a la tierra permisiva de la frontera, el acecho a las reservas de la cerveza ante la rumorología, que exasperó a bebedores locales. Con cierta renuencia, la autoridad federal empezó a cerrar algunos comercios usureros, como un acto simbólico, para el boletín oficial. Esto no detiene ni amaina la escalada de los precios.



El humor colectivo es cambiante, como se vio con las caravanas migrantes de Centroamérica, y de repente se reconocen atmósferas previas al saqueo, al asalto de los supermercados, como alguna vez vimos en Brasil, Argentina o en las tiendas coreanas en el gran motín de Los Ángeles, de 1992. Afortunadamente, esa sensación no toma cuerpo ni pasa a mayores. La policía cibernética del estado anuncia el cierre de 52 cuentas en redes sociales, establecidas

para incitar el saqueo. No da detalles. En estas cuentas se puede apreciar en vivo y directo el lenguaje de la paranoia, la agresión directa, el tono psyo de la incitación anónima.



La fe religiosa amplía sus dominios, elige su repertorio de emblemas, mientras media ciudad se arrincona en sus hogares, como en un círculo trazado con tiza en el suelo, y funda una cotidianidad nueva, inesperada, marcada por los hallazgos y el reconocimiento milimétrico de lo doméstico. Una parte de la población elige sostener la normalidad como la conocen, para ganarse el ingreso, el jornal diario, en el trueque, el emprendimiento, el *swap meet* o en otras variedades del comercio informal. Intramuros, muchos tienen que adentrarse en la lógica del así llamado teletrabajo (se abre en la pantalla, la sala Zoom, para comunicarnos).

## ¿Qué hacer? Primeras reacciones

- Tomar la ruta del escape al sur las montañas basálticas, heladas; al oeste, la costa escénica frente al mar del norte; al sur, la ruta transpeninsular; al norte, la frontera cerrada, con un candado para los mexicanos. Descartado. Aquí nos quedaremos. No hay a dónde ir.
- Cazar en internet toda la información posible sobre el minúsculo y tenaz enemigo. De dónde viene, secuencia genómica si se puede, avatares. Antígenos probables. Somos nuevos en la jerga epidémica.
- Tomar camino hacia el COSTCO próximo para sumarnos a una compra de pánico.
- Ver cómo pasan los días sucesivos, tan iguales, con la vida en pausa.
- Reconocer como si fuera algo extraño, el espacio doméstico, la ruta que va a la recámara desde la sala, al patiecito. Regar mi jardín, el Petrified Forest. Sacar la basura. Prepararse, como en la Guerra Fría, para una vida en el subsuelo, viendo el mundo a través de una ojiva.
- Ir a la literatura como un bálsamo, a la escritura que describe la epidemia, la bestia negra. Muerte en Venecia. La peste, Salón de belleza. La propagación de la sífilis, la epidemia en la Baja Edad Media. Los hechiceros en medio de la plaza. Los jóvenes florentinos huyendo de la ciudad. Bocaccio, De Certeau, Camus, Baricco, Mike Davis.

- Estrategia para el año que se derrumba, Alimentación, estoicismo, ejercicio. Cuentas por pagar. Días contados. Mantenerse alerta, desconfiado y tranquilo.
- Recurrir a la filosofía de la autocomplacencia y su artillería de frases banales, a la medida de nuestra paranoia. Mindfulness, reiki, estoicismo trasnochado. New Age, Palo Mayombe, artilugios mentirosos para ganar tiempo.
- Volver al diario decimonónico, para anotar con emoción todo lo que no sucede. El gran hueco vital, llenado por el pensamiento obsesivo en naderías.
- Meterse a diplomados, cursos y webinars diversos con temeridad suicida. Un archipiélago vacío de posgrados, con diplomas como hologramas Reuniones zoom análogas a sesiones de espiritismo. Llamadas a medianoche.
- Pensar ilusionado que esto no durará mucho y será una anécdota recordada y amarga.
- Vínculos extras con la familia. Decidir a quien se ve, con cierta regularidad, sana distancia, plática y convivencia. Vital.
- Ver de lejos la saga de heroísmo de los otros (enfermeros, profesores, conductores de taxis, agricultores, repartidores de pizzas, predicadores).
- Sobrevivir en la economía del acoso. Contratos, proyectos, becas, trabajo emergente. Cuentas pendientes. La personal balanza de pagos. La guadaña del SAT, isócrona, inaudible, liquidadora.

- Las redes sociales, Facebook y Twitter como ventanas, frívolas, peleoneras y narcisistas, al mundo adivinado.
- Reclusión, cuarentena y estoico aguante al paso de los días.
- Esperar la vacuna como un hecho angélico, providencial, clímax del estado del bienestar; mezcla de epifanía, conversión y sexto de Caballería.

## LA CIUDAD EN PAUSA (HABITADA/DESHABITADA)

En la paranoia asimilada, salir a la calle es el riesgo total, una aventura peligrosa. Cada transeúnte parece una tea de contagio, un potencial infectado, un radioactivo blanco móvil. Cada movimiento, inofensivo antes: abrir una puerta, recoger una pizza, hacer una gestión bancaria, formarse en una fila, se vuelve una tarea torturante, una bala calibrada de contagio. Los guardias de farmacias y negocios les ha dado por manejar un término, despectivo, para referirse a todo aquel, tosigoso o que registra anormal en el medidor de temperatura: “los positivos”.



Llegar al umbral de la puerta, y dejar la casa es una decisión calculada. Sales a lo básico, lo indispensable; ves a otra ciudad, con sus calles desiertas y parques solitarios, con tiendas y cines clausurados, con un flujo ligero del tráfico y una hipervigilancia policiaca. Un escenario intemporal, raro, como la postal de una distopía. Hasta hace poco, la población hizo lo que pudo para sostener su normalidad, tal como la hemos conocido. Un gentío convivía alegremente en Playas el fin de semana, junto al faro, a un lado de la valla oxidada de la frontera. Y una multitud consumista recorría los supermercados de la Zona Rio, con la activa adrenalina del miedo compartido.



La ciudad parece otra, con nuevas reglas de convivencia; hay una tonalidad distinta, un soundtrack urbano apagado; se vive no un tiempo detenido sino un fluir lento, denso, casi acuático. En el trayecto en el auto, vemos señales: una alerta movilización policial; retenes, filtros sanitarios de la Cruz Roja. La actividad

se guía por otros horarios y distintas urgencias; se insta un mandato de restricciones y ordenanzas. Para quienes la ven o la recorren, es amplia e impactante la ciudad deshabitada. A la intemperie y siempre al margen, quedan los maltratados, los migrantes, los deportados, los sin casa.



La ciudad se torna abstracta, un universo entrevisto, adivinado; la cartografía que se abre en el umbral de la casa, del departamento. Una ciudad escaparate que permanece ajena, con sus vallas publicitarias, que anuncian negocios cerrados, foros cancelados; conciertos de inicios del año, festejos que nunca fueron. Algunos negocios se dan el lujo del desafío. “Juntos somos más fuertes” (Calimax) o “Unidos saldremos adelante” (Smart and Final). Un Food Garden anuncia en el muro de entrada: “Sobreviviremos”. Una torre del Cinépolis apela sentimental y chantajista a “los finales felices del cine”.



Del rumbo de la línea fronteriza siempre llegan noticias. Los tijuanenses, como de costumbre, revisan con mirada alerta el tipo de cambio, la depreciación del peso, y por ahora controlada tendencia devaluatoria. El anunciado cierre de frontera no se da completamente, pero se angosta el tráfico de personas y autos en ambos sentidos, a un puñado de requisitos, donde la burocracia binacional se guarda la última palabra. Aunque no hay informes ni diagnósticos, las garitas fronterizas son un seguro foco de infección, por el intenso cruce de ida y vuelta.



Otra certeza es el impacto clasista de la epidemia; que afecta a los pobres, a quienes tienen que salir a trabajar, aquellos que

laboran a destajo; a los que se quedan afuera, en el frío o la lluvia, en las calles. Mendigos, deportados, *homeless*; los ñongos que cruzan del Bordo a la Canalización, transcurren, olvidados en la intemperie de las calles. Sin mayor auxilio que no sea su propia resistencia o la solidaridad entre iguales. Se reúnen en torno de fogatas y escudriñan la ciudad nocturna. Son víctimas silenciosas de la contingencia viral, y un recordatorio de la brecha entre clases sociales



Los tapabocas sanitarios se adoptan con el automatismo de las verdades reveladas, o las modas, como instrumento de defensa última, como un hábito nunca antes sospechado. De la nada y muy pronto, emergen diseñadores de batas hospitalarias, viseras de acetato con una ajustable cinta de velcro, guantes de nitrilo, una especie de armadura cool contra la artillería viral. Se insta un cántico al mercado negro en las redes sociales. Otro, muy distinto, es el caso del personal médico, con otras urgencias y condiciones. Lo cierto es que se generaliza el uso de tapabocas, como una actitud consciente o imitativa, absolutamente necesaria. ¿Profilaxis, exorcismo de la pandemia, detentebala? De todo un poco.



Las multitudes actúan al son que les tocan las *fake news* y la rumorología ambiental. Se informan en redes sociales, en cadenas informativas de facebook y whatssap. No asimilan el real peligro hasta pasadas unas semanas, conforme se calienta el mapa mundial de la pandemia. Entonces, salen a los supermercados o con algarabía tribal acampan frente a los expendios de cerveza. Ya en mayo, los bulevares y el centro de la ciudad se activan con presencias y autos. Hay un cansancio por la cuarentena. En otra

dirección, se consolida entre muchos, la disciplina, la obediencia al sentido común y a las instrucciones (o sugerencias) mil veces repetidas: “quédate en casa”. En resumen, hay una tensión entre esas opciones. Los que tienen que andar en la calle o lo eligen, y los impactados por la situación, que por convicción, persisten en el encierro domiciliario.



La pobreza garantiza una ruta del contagio. La embestida del Covid es clasista. La vida familiar abigarrada en departamentos minúsculos, el transporte colectivo, el trabajo informal, la cerrada convivencia en los barrios, el consumo peripatético en aceras y sobreruedas, la necesidad de acudir al trabajo de la maquila. Todo junto, lleva a la contigüidad, a la renuncia forzosa de la sana distancia, al probable contagio, que se multiplica sin las mínimas garantías.



La nota roja nos ha acostumbrado a la contabilidad de muertos. Reaccionamos con automatismo. ¿Cuántos infectados?, ¿hay desabasto de medicamentos?, ¿el número de caídos? El malabar de cifras permite contar con una narrativa en curso. Contagiados. Curados. Fallecidos. La Death Toll, como estadística de la muerte, avanza gradual, imperativa, ascendente.



Continuidad de la violencia. A pesar de tanto dolor, dislocamiento de la vida en común y alerta sanitaria, la violencia continúa como si nada, con su frenético tiro al blanco y su bitácora de ejecutados. Es tan visible, que los funcionarios mañaneros no intentan siquiera desmentirla. Una mujer tiroteada en un mercado sobreruedas, un crimen pasional en la delegación Playas, la ejecución de un

abogado al salir de su despacho (clásico “venadeo” o *drive by shooting*), la balacera en una fiesta clandestina por el rumbo de Santa Fe, aumento de la violencia intrafamiliar, con el sabido maltrato a mujeres, adolescentes y niños. El narcotráfico continúa con su agenda de costumbre (violencia selectiva o casual, ejecución a *dealers* minoristas o desafectos, desafíos machistas al pie de la carretera, trasiego por las rutas acordadas, celebración rapsódica a cargo de cantantes alquilados de corridos, “alterados” o “tumbados”). En esta agenda, la anunciada ejecución del Aquiles, por la bataca enemiga de Tecate, es un incidente más. Ni hablar: “Tijuana es una monarquía y su emperatriz es la violencia”, dicen. La persecución a los delincuentes es ambigua, declarativa y del todo ineficaz, la guardia nacional y la estatal no informan de resultados o acciones en curso. La policía de la ciudad, blande su pretexto habitual: “es preventiva”, y se limitan a llevar un modesto sistema de estadísticas en *power point*. Aquí acaba el reporte oficial. En consecuencia, el narco se reorganiza, consolida sus haberes y sus brigadas de sicarios en las colonias, afianza su hegemonía en feudos urbanos, continúa con su venta al menudeo y el trasiego masivo, inventa trucos para horadar la frontera semiblandada, batalla con armas en mano para asegurar el control de la “plaza”. En otros lados, hasta se da el lujo de la filantropía comunitaria, precedida por sus numerosos crímenes locales.

## LA CASA FAMILIAR Y LAS REDES SOCIALES

La primera tarea es reconocer la geografía de la casa y sus alrededores, ignorados por fuerza de la costumbre; el territorio del barrio o el fraccionamiento, el mobiliario urbano, el parque cercano, los solares vacíos, la cartografía arterial de accesos y rampas en la accidentada topografía de la ciudad.

La reclusión ofrece un menú a sus cautivos, una ruta ensimismada de ida y vuelta, de reconocimiento personal: la adicción digital, el balconeo de noticias, el diálogo telemático, el nuevo hallazgo (feudos del Zoom y de Google Meet); la lectura (en el mejor de los casos), la comida, el encuentro con la memoria personal en carpetas, viejas fotos. El encierro revela una realidad alterna. El recorrido intramuros, el inventario de libros y revistas, los códigos de comunicación familiar, incluso el propio sentido del trabajo. Eso que llaman soledad digital. La amenaza de la calle cohesiona; el miedo tribal a la intemperie funge como un disuasivo. La nueva realidad del encierro es un shock no digerido. La casa familiar es el feudo, el territorio defensivo. Y afuera, *as usual*, la violencia urbana no cesa y encuentra nuevas maneras de hacerse presente.



Las redes sociales se vuelven un escenario inevitable. Espejo narcisista, pista de reflexión o diván psicoanalítico. La epidemia lo cubre todo. Las redes sociales, en particular el Facebook, una vidriera, un espacio de trueque de opiniones, un *swap meet* de los últimos chismes, un despliegue de las buenas intenciones y del otro yo, que nos habita. Hay alarma justificada, datos útiles también, dosis de melodrama, alarmismo desmovilizador y poses de benefactor. Crónica de los días de encierro y presagio de los días del porvenir. Las galerías de posteos y tuitazos son vitrinas donde

la tragedia actúa en realidades simultáneas o en *slow motion*. Las redes simulan un gigantesco hospital, un cementerio digital, con el santo y seña de los caídos, incluidas sus lápidas virtuales.

Las noticias falsas cautivan a los incautos que aceptan y reciclan de inmediato esa realidad alterna, inventada. En lo político, en lo sanitario, en la vida comunitaria. Inevitable el regreso a la vida familiar. Un proceso revitalizador y placentero, de memoria compartida. Los álbumes fotográficos, las anécdotas del clan, la cálida chismografía de los mayores; plática, alegría y reencuentro. Sin descartar, la otra cara de la moneda, la convivencia en espacios mínimos, el historial de la violencia intrafamiliar, *esqueletos en el armario*, que suelen emerger, con demasiada frecuencia.

Pasan los días y aspiramos a participar en la nueva normalidad, nos negamos a la condición de reclusos. Vivimos esta pausa que se extiende. Esperamos saber de las señas de “la normalidad” del futuro. Un código cifrado. Y en la casa se establece una nueva cotidianidad. Pasan los días y lo evidente: se fundan otros hábitos, distinta agenda. Ordenas tu biblioteca, haces llamadas, sales a caminar al parque cercano, vas al autoservicio, aprecias tus carteles o cuadros con una precisión fetichista. Afinas el oído y en el edificio de enfrente, el silencio es interrumpido, por revelaciones. La puerta metálica se abre con chirriante automatismo, a la llegada de un inquilino. Alguno aprende a tocar el acordeón (lo figuras como un joven con camisa hawaiana). Escuchas la estática de un videojuego (enésimos disparos sobre siluetas en la pantalla). A lo largo del día, otro vecino instaura un portátil festival de vallenato. Reconoces la musiquita caribe que se repite sosa, alternada, incesante.

Muchos se atrincheran en sus colonias, en las zonas residenciales, inventan otra cotidianidad, usan frenéticamente las redes sociales; postean comidas veganas en el Facebook, con reflexiones sobre vinos y maridajes tierra-mar; atardeceres

de balcón, selfies voraces que retratan presuntos estilos de vida. Vigilan y cronometran la llegada de las vacunas. Un buen número de ellos con doble nacionalidad van y vienen, cruzan la frontera, con sus tarjetas Senti. Son *commuters*, viven aquí, trabajan allá, y están acostumbrados a los protocolos de la espera en la Línea, el humor cambiante de los guardianes de frontera. La vida sigue su curso con un nuevo tono.

La fórmula encierro, tiempo disponible e internet, nos lleva a graduarnos como espectadores, voyeurs de tiempo completo, obedientes lectores de historias (e histerias). Las redes sociales fungen como balcón sociológico, un campo de batalla sombrío o carnavalesco. Cunde la conversión de oficios y nos vemos rodeados de economistas, planeadores urbanos, geoestrategas, videntes, analistas que llegan para quedarse, en la baraja crispada de sus identidades. Una epidemia de entrevistadores. Y las redes son, además, la principal fuente de información y conexión con la realidad. De todo un poco.

Muchos se dedican a la dispersión de *fake news*, a la prédica política partisana, al festejo de memes e infografías. Alarma o negación: entretenimiento. Auténtica gana de aprender, hay de todo. Otros se vuelven influencers: desde sus laptops, enseñan, instruyen en variados oficios; gesticulan ante sus pantallas. Bailan, leen poesía, tocan el ukelele, discursen. El imperio crispado de los monólogos. Llega de muchos lados un torrente cultural, que puede aburrir pero no hace daño. También se abre paso un tsunami de filantropía express (casi siempre imprecisa) y poses redentoras.



La educación pública se torna virtual y esto supone dificultades inmediatas. Los profesores coordinan otra manera de trabajar y se tensiona el pacto educativo tal como lo conocemos. Se elige a los padres como mediadores, que se vuelven maestros sustitutos, con

inexistentes pasos previos formativos, sin entrenamiento y con escasa idea de la tecnología educativa. Pero con muchas ganas o presionados, enfrentan esos inconvenientes y pronto maestros y padres de familia en tándem, sacan adelante el trabajo y finalizan el semestre: con un alarde de entrega, dedicación y reflejos adaptativos, sobre la marcha. No todos los caminos conducen al Google Classroom.

Testigos de tragedias urbanas distantes, la calamidad toca nuestras puertas. Y Tijuana es nominada la ciudad más violenta del mundo, por la prensa internacional. Y los ecos y noticias de la calle, lo confirman. La epidemia no cede; amengua o se dispara como una descarga eléctrica; ahora toca su techo. El semáforo más rojo que nunca.

El teletrabajo tiene su filo clasista; la economía mexicana, subdesarrollada y asimétrica no permite en lo general esa concepción del trabajo como norma general, sino como una dispensa del privilegio. Y otra epidemia, ahora de incendios y solo por un día, se dispersa llameante por toda la ciudad.

La reclusión nos lleva a enfrentar dilemas personales. La soledad, como estímulo para la formación, la lectura y la escritura; o la soledad como pausa incomprensible, como laguna autodestructiva que detona padecimientos mentales. Ansiedad, incertidumbre, trastornos psicológicos, la inmersión en el subsuelo pantanoso de la subjetividad, entrega su abusiva factura tarde o temprano.

Hay una reserva de *tutorials* a nuestro alcance. Un atractivo paquete de cursos y aprendizajes variados. La pulsión autodidacta es una tiranía tolerada para algunos. También, la presión de pavimentar el camino post Covid, el trabajo adicional, “los proyectos”, la necesidad autoimpuesta de avanzar “en los pendientes”. Lo que el filósofo surcoreano Byung-Chul Han llama “ser capataces de uno mismo”.

Entramos en contacto con un nuevo lenguaje; la jerga epidemiológica y su enrevesado léxico. El aprendizaje se acelera como mecanismo de autodefensa: urge conocer los datos básicos de la pandemia, saber sobre la población vulnerable, el *name-dropping* de medicamentos, la sintomatología proclamada en todas partes, el directorio de escenarios candentes (Wuhan, Shanghai, Lombardía, Seúl, NY), las morbilidades ante el espejo, la tentación corporativa del Big Pharma, las cifras actualizadas de contagiados y fallecidos, que la prensa globalizada entrega diligente a domicilio, como un plato envenenado.



Habitar la casa adquiere otro sentido, el conocimiento miniaturista del mobiliario, posesiones, objetos, enseres domésticos. Esas pequeñas cosas configuran una narrativa de vida, un álbum polaroid, la memoria personal y colectiva que no aquilatábamos.

Nuestra relación con los artefactos y objetos se ve alterada; antes quizás no reparábamos cabalmente en ellos: el boiler, la velocidad del wifi, la cañería hidráulica y sus ruidos nocturnos, envases, vajillas, baldes, conexiones eléctricas, los dispositivos manuales, los ingredientes de la fajina de limpieza, la acción concertada del refri, estufa y microondas, la siniestra cuchillería doméstica (un léxico casi desconocido o quizá ignorado). Asimismo, entra en escena la relación con los vecinos (a veces ausentes, otros paseadores en la escalinata, gentiles, herméticos o desdeñosos). Habitar un condominio otra de las ciencias inexactas.

El territorio de la casa (o el departamento) adquiere otra densidad. La tierra firme, el balcón hacia la realidad externa, la ínsula defensiva, la única certeza. La vida en soledad, en pareja o en una numerosa familia. Suena verosímil la frase “La casa como una pequeña ciudad” (cita Vicente Quirarte al renacentista Battista Alberti). En este paradigma casero opera la misma sentencia

clasista: no es lo mismo un jacal con techo de lona en una villa miseria que un caserón en la llamada “zona dorada”.



Vivir, ejercer la casa y el uso de redes sociales tiene en estos días un vínculo indisoluble, y un cauce parejero de vida, trabajo, entretenimiento y convivencia. Así será, hasta que aparezca una mañana, la imprecisable y desconocida “normalidad”, con otros atributos, con su nuevo relato, distintas exigencias y condiciones de sobrevivencia. Como si fuera un contrato ventajista, que debemos firmar, con una pistola en la cabeza.

**FIEBRE EN LA CALLE. TIJUANA-SAN DIEGO. 2009**  
**(Notas para un flashback)**

Las calles amanecieron solitarias. Por aquí y por allá se ven figuras embozadas con paso apurado. El fantasma de la epidemia orbita con su guadaña. El cierre de la frontera se considera una amenaza. No hay mayor tragedia local, ni siquiera la nota roja. Todos desean esa ruta abierta hacia el norte. Desde los días del Septiembre negro, el acceso se restringió hasta una entrada por goteo, a la que nos acostumbramos pronto, no obstante. La prensa del sur de California no tarda en publicar reportajes donde la culpa es los mexicanos. No se ahorran ninguna insinuación paranoide, ningún dato peregrino que nos asocie con la catástrofe que se avecina. Que los virus vienen en las legumbres, en el equipaje originario del sur, en la respiración afiebrada de los niños morenos, en las hordas laborales que cruzan la frontera cada día, muy de mañana. Reiteran las condiciones insalubres “del Tercer Mundo”. Por el rumbo de las colonias populares de Tijuana: Colinas, la Líber y el Guaycura, por las laderas del Cerro Colorado, en las nuevas franjas de precaristas, se mantiene la alerta, aunque la vida continúa inalterable. En el centro y Zona Rio, la psicosis ahuyenta a la gente de la calle; la vuelve reconcentrada, absorta, con el paso rápido del fugitivo. Todo mundo habla, dictamina con precisión forense y pululan los concedores súbitos. Ya se veía venir; las tragedias se ventean, se anuncian en variadas formas, a veces imperceptibles. Hace pocos años fue la campaña contra la Flu Aviar, por ejemplo. La amenaza aquella quedó en el aire. Datos sueltos, teorías de apocalipsis a la puerta, mesas académicas, presagios ominosos en boca de profetas desarmados (entre ellos, el brillante profesor Mike Davis). Pero no hubo el aluvión de muertos que lamentar. Lo demás fue lo evidente, lo sabido: las dolencias case- ras de la ciudad frontera. Las enfermedades que trae el frente frío

de los inviernos crudos (El Expreso de Alaska todavía congela la memoria). Las lluvias a descampado, la periferia insalubre, la carencia de infraestructura médica. Episódicas (y no tanto) enfermedades de la miseria, por el sur del estado (la rickettsia, una de ellas). No hay tradición de epidemias en la memoria histórica regional, eso explica el miedo unánime ante lo desconocido.

Los funcionarios inician el acoso mediático, que acrece y se filtra por las ventanas televisivas. La especulación es el pan de cada día. La sala de espera del Seguro Social es una trinchera de la Primera Guerra. Uno asiste de lejos a la batalla ajena. Nadie quiere ser personaje de ese tiro al blanco, del voluble azar que dispara saetas infectadas.

Hay un entrenamiento colectivo para la psicosis; las paranoias tienen su propio alimento y se refuerzan con poco: noticias sueltas, rumores, casos límite, alarmismo, la creación imaginativa de *urban legends*. Ahí los veo pasar con sus tapabocas azules, ocupados en la alarma telefónica, en el cruce de información dispar que polariza y llena de miedo; y la desinformación y el derrotismo, prosiguen en las decenas de correos electrónicos que se apilan en la pantalla de la computadora. Y se acude a las imágenes que trae la prensa o los informativos de la televisión: los parques solitarios, los *bikers* barbudos con la cerveza en la mano; las escuelas primarias desiertas, la zona de tolerancia con las prostitutas embozadas higiénicamente. Uno rememora lo visto en documentales. La dinámica de los *outbreaks* en Estados Unidos, con su parafernalia médica impresionante. El acoso, el cerco profiláctico, la meditada estructura militar de sus respuestas médicas. Acá en México, muy poco. Vacilación, negligencia. Háganle como quieran, como puedan. La desmovilización apenas atenuada por las conferencias de prensa. Ya veo venir escenas indeseables: los niños pobres haciendo largas filas en los consultorios públicos. El asalto a las farmacias, en esta frontera

un negocio indescriptible de un capitalismo de casino. El encierro a piedra y lodo en las casas familiares, en los departamentos de las afueras. El zapping televisivo se vuelve una religión laica. La conjura telefónica se centra en la contabilidad de muertos o enlistar los caídos en las astringentes galerías del dolor hospitalario. Pasa el tiempo, la embestida amengua o se debilita la cepa mortífera del AH1N1. Dentro de todo, hay valentía en la gente, una genuina solidaridad, una postura de contención ante el riesgo colectivo.

En el vecino sur de California se dan a conocer casos de infección. No estamos solos. Los sitios vulnerables de siempre: las aulas escolares, los asilos de ancianos. Por un momento, se pierde el estigma de una enfermedad del Tercer Mundo. Aunque los patrioter de tercera generación especulan en los blogs y facebook, ¿será una amenaza química, un arma secreta de los vecinos del sur, una cepa viral forjada en los laboratorios?, una forma alterna de salir huyendo hacia el basurero de la historia? Hay en la mentalidad estadounidense un gusto por la conspiración y el ajuste de cuentas contra el estado centralista. Un militante desprecio -simple y directo- hacia sus vecinos mexicanos, nosotros.

En nuestro caso, hay que reconocerlo. Indiferente a la restricción aduanera, al posible estado de excepción, a la muralla defensiva de la Homeland Security, la fiebre cruzó la frontera (alada o peatonal, mortífera), en su rutinaria búsqueda de víctimas. Habrá que investigar de qué lado partió el misil viral, cuáles fueron los mecanismos de la transmisión y los desafíos que trae el anuncio de la muerte roja.

## POR LA RUTA DEL CENTRO (SIN TAPABOCAS)

El centro es el punto de arranque de la ciudad. Una calle turística de la cual dimana Tijuana entera, con sus barrios, colonias emergentes, periferia ambulante, los nuevos fraccionamientos y la columna central, la Zona del Río. La línea fronteriza también es otro eje ordenador. El centro es el espacio de entrecruce, del consumo ritual, de la cita de trabajo o amistosa, de la memoria colectiva. Una historia relativamente breve pero intensa. La Avenida Revolución, la vieja calle de cinco nombres, le da su tono, su marca fundadora a la ciudad.



Vengo de La Mesa, en camino hacia el centro. Bajo a la altura del Hipódromo, por el monumento del cura Morelos (puño en la brida, mirada fiera hacia los cerros de enfrente, paliacate en la cabeza del insurgente y el caballo en un relincho eterno). Los accesos naturales hacia el centro, son el boulevard Agua Caliente, rápido, casi solitario, expedito; el boulevard Sánchez Taboada, que permite virar en la Novena y buscar estacionamiento, por ahí, en la Ocho, y el camino derecho por el Paseo de los Héroes, que desemboca fluidamente en la calle Tercera. Elijo esta última ruta. En el trayecto, poca gente, aire crispado, distancias largas; la sucesión de casas de cambio, con su termómetro depresivo de la paridad del peso (el pirómano y especulador Pietro la Greca, su santo patrono). Lugares que han abierto con discreción. El Home Depot y el Starbucks, inesperadamente iluminados y en activo. Algunas estéticas y peluquerías en pleno desacato. Los bancos, servicio esencial dosificado, largas filas, potencial espacio de contagio. Algunos negocios se adaptan con rapidez a las exigencias de la cuarentena: servicio a domicilio, drive thru,

horarios alternados. Agitado el revoloteo de motonetas de los Uber eats. Un presente fósil en las vallas publicitarias, con sus carteles anacrónicos.



El centro es el lugar de los sucesos, de los *happenings*, de la convergencia. Por ahora, conjugemos todo en tiempo pasado. Los conciertos con rastafaris en la Plaza Santa Cecilia, las covachas roqueras, los refugios hípsters, las cantinas turísticas. Los cafés aguantaron como pudieron, con su oferta de lattes, frapuccinos, bebidas deslactosadas y wi fi. El Caesar's frente al Praga Café, es un espejo de puertas cerradas. Igual, a la altura del Jai Alai, de frente a Las Pulgas, que aún anuncia a cantantes recién bajados de la sierra y sus miércoles "solo para sinaloenses". Las terrazas desiertas a la espera de mejores tiempos. Los cafés internet ya no arrojan luz halógena en las aceras. El Sanborns, cerrado por sus tres costados. Murales, en las calles del centro; algún placazo ocasional sobre el graffiti, como un grito del barrio. Vuelven los ciclistas de los miércoles, los veo avanzar en su brigada móvil. La noche cae, y las calles turísticas, a oscuras. El Ayuntamiento decidió apagar las luminarias, para ahorrarse unos pesos, subrayando lo tétrico del ambiente. Una exhalación de óxido, encierro y silencio en la calle en perspectiva. El set cinematográfico de un futuro en ruinas.



La Avenida Revolución resiente el segundo mes de cierre de locales, edificios de oficinas, curios y restaurantes. La calle tuvo un ciclo de recuperación en la última década, con el recambio de visitantes fuereños, y un nuevo turismo interno, de aquellos que le han profesado la diada de amor-odio. Ahora, todo en pausa: la ambición inmobiliaria, la apertura de nuevos sitios, la construcción de altos edificios. Tiempo para revisar el revoloteo de

conceptos: "normalidad", "lo cotidiano", la duración interminable del semáforo rojo. Nada qué temer, la Calle Mayor ha superado el abandono del ayuntamiento, a motines, incendios, deportaciones, desfiles paramilitares y a las fiestas masivas de los días de guardar. Sobrevive, incluso a su mala fama. Una raya más al tigre.



A pocas cuadras, la Zona Norte elige su propia normalidad, con las consignas adversarias de: aquí/no/pasa/nada y una leve contención sanitaria, en una tensión ríspida, bipolar. Sin sus ingredientes naturales, la noche, el exceso, el fuelle acelerado de la transgresión, poco quedaría de cualquier zona de tolerancia. Pese a todo, se ven las calles animadas. Algunos, los menos, con tapabocas casi de desecho (nada de viseras de acetato o *face masks* KN95). Ausentes los turistas de transfrontera; los que pululan son migrantes en busca de techo, el lumpen inclasificable o los dedicados al trueque, el despojo o el agandalle. Los grandes prostíbulos han decidido actuar en forma responsable. El Hong Kong, cerrado y con letreros de salud pública en las puertas (una frase como mantra: "Quédate en casa"); el Adelita Bar, estrena su nueva fachada luminosa, como un altar al table dance; con una artillería de luces y neones, pide que nos cuidemos. Un mensaje sanitario en cartelera bilingüe: casi un memorándum médico. En las calles en talud, las Paraditas continúan en las aceras, como si fuese un día más, empujadas por la necesidad y el apremio familiar. Visten faldas de colegialas y algunas, pocas, con tapabocas, atestiguan, recargadas en los muros, la deserción de los clientes. Veo a la policía más movida que nunca ("bien auras", en el habla *homeboy*). Parece que se multiplican las patrullas acechantes, sigilosas o con los estrobos prendidos. Uno imagina a los lenones conspirando en sus oficinitas de los sótanos, a las chicas desocupadas en las cuarterías de los hotelitos contiguos;

a los adictos a las maquinitas, vagando espectralmente por la Coahuila Street. La parroquia Bethel, herméticamente cerrada, sin predicadores, ni misas, ni feligresía. Contra el neón y las vidrieras, algunas muchachas a contraluz como hadas espectrales en busca de la nada, riendo, con un manoteo a la deriva. Sigue clausurada La Malquerida, templo laico de los narcocorridos, sin la rumba de sus musicantes alterados. Un letrero anuncia un concurso de cumbia en el Tropical Bar para un día del pasado mes de abril (en el aire volátil de lo posible: nunca fue). Obesos policías en bicicleta, luchan por el equilibrio. Un repaso inacabado de los bares que esperan que pase la Mala Hora: El Gladiador, las Chavelas, el Chicago Club, el Fracaso Bar, la Valentina, La Gloria, la Capirucha y decenas, quizá centenares más. Los gimnasios cerrados, donde antes los boxeadores amateurs entrenaban al ritmo del “Eye of the Tiger” o “We are the Champion”. En la soledad urbana, un grupo de mariachis, esperan bajo el Arco Monumental; y a media cuadra, una banda, con tololoche y una tuba blanca, también aspiran a ser contratados (la posible elección entre banda o mariachi, es un dilema casi metafísico).

(Pausa para escuchar el soundtrack de esta parte de la crónica, “Zona norte” del grupo de reggae, Cañaño).

La Zona Norte, la Cagüila, La Zonaja, como todo distrito permisivo, se mantiene por lo que ofrece en demasía: la transgresión, el sexo alquilado, los vicios en dosis o en alud, los paraísos artificiales aquí y ahora, el voyeurismo, la desatada vida nocturna, la sensación de que todo es posible. Red Light Districts. Ecos distantes de lo que fue la Barbary Coast, Chinatown o el Stingaree, de San Diego (que terminó en llamas). Detrás de la fachada de neón, maniobran los verdaderos dueños de este negocio: los proxenetes, los coyotes, los traficantes de droga, los *puppet masters* del mercado negro y los enclaves ludópatas, los extorsionadores con uniforme, los distribuidores de mercancía

inclasificable. Se puede vivir en el margen. Aquí, la ilegalidad está en el centro.



Por el rumbo del parque Guerrero hay un paisaje quieto, casi melancólico. No veo el reparto habitual de personajes apurados: ni familias domingueras, ni ancianas rijosas que maltratan a sus nietos; ni paleteros voceando su mercancía. La tienda de revistas usadas a donde iba de niño, bien cerrada. El cuadrángulo de consultorios médicos persiste con su variedad de servicios (siguen las deidades vigilantes del *health tourism*). Entre ellos, un tanto incómodo, el anuncio luminoso de lectura de tarot. Hay una asamblea de uniformados que acosan a una joven pareja. El parque está fallidamente cerrado, con una cinta amarilla de Crime Scene; aparatosa aunque no sirve de nada. Los jugadores de ajedrez se fueron a su casa, tampoco se ve al payaso malhablado y misógino que finge divertir a las familias. Las neverías michoacanas resisten el temporal con buenas ventas, en su helada feria portátil. Inspectores de estacionamiento recorren la acera, con una seca gestualidad de prefectos de secundaria, queriendo multar a quien se deje. Los Oxxo, como las cucarachas, resistirán sin duda una tercera guerra mundial. El Centro Mutualista y su teatro esquinero, el más antiguo de la ciudad, muestra una apariencia pétreo, atemporal, como de feria turística abandonada. Arriba, la calle Segunda, larga y respunteada por semáforos, desde el Panteón Jardín, fluye y serpentea, con escaso tráfico pero una enérgica vida peatonal. Los semáforos con sus luces alternadas verde/rojo, iluminan esa ruta segura, el descenso hacia el centro, cruzando taquerías, expendios de cerveza y panteones. El antiguo Palacio Municipal, deshabitado y sombrío, como una neutra postal del pasado. La plaza de la catedral es refugio de menesterosos, sentados en el piso, evitan el frío nocturno, a una cuadra de la Zona

Norte, comen alguna sopa maruchan, escrutan la calle o insisten en su monólogo pedigüeño. Las cervecerías artesanales, parecen antiguas, como si hubieran habitado un tiempo remoto (apenas hace dos meses). Nada de cruce simultáneo de multitudes por las cuatro esquinas. ¿Qué se hizo el Mercado El Popo, con su tendido frutal, sus dulces mexicanos, sus pacíficas abejas zumbantes? Los vendedores y otros héroes del trabajo informal tienen su propio semáforo: los ferreros abren y cierran sus tendajones, en la cuesta de la Morelos, cuando se les da la gana. Gandallas y carteristas siguen en la calle con mirada halcón y gestualidad nerviosa o hiperkinética. Las calafías rojas esperan en fila en la calle Cuarta a las multitudes de antes, que nunca llegan. Bisbiseo de los choferes, fumadera, blindaje metálico de los autos. Los taxis que van a Playas atienden su turno, para cruzar atajos, rampas, taludes y cementerios. Las panaderías logran una venta considerable, con las indicaciones de la sana distancia y el exigente uso de tapabocas, a sus clientes. Un *homeless* presto abre la puerta y procura ser servicial; a cambio, recibe monedas o mendrugos samaritanos. Los talleres de carrocería abren solo en las mañanas; los tapiceros de autos, siguen ausentes. Oficios nobles y antiguos: carpinteros, cerrajeros y mecánicos. Veo un islote insurgente, una ferretería abierta. Pasamos frente los albergues de los migrantes haitianos, por el lado de la estación de Bomberos y en una esquina de la calle Ocho, donde se pretendía erigir la Chinatown, que nunca fue. La Plaza Viva Tijuana ni siquiera es ya la ruta de acceso hacia la Línea, desde que los federales de la CBP, cerraron el Pedwest. Todavía se ve a los yeseros deambular sin rumbo, a los dueños de tienditas, los murales a medio terminar rayados por un placazo. ¿Dónde están, que se “fizieron”?, como diría el clásico: los jaladores de la Revu, los boleros (casi todos de la tercera edad), las muchachas de la maquila que regresaban en la tarde a transbordar camiones (aún lo hacen, seguro).

Escenas desiertas como en una temprana arqueología urbana: los pasajes turísticos (túneles de mercaderías, efigies de la cultura pop, pinturas con el tijuana velvet y marimbas tenaces y melódicas, todo eso en un pasado distante, imprecisable); la calle Sexta, posterior a su éxito rumbero de jóvenes exploradores nocturnos o hipsters celosos de sus costumbres (¿a dónde se fue aquel revuelo de millennials en busca de cerveza barata?, usuarios de rocolas que vomitan música retro); el callejón solitario frente a La Estrella, donde filmaron *Sleep dealer*, los populares Dandy del Sur y Tropics, con sus fachaditas expectantes y sus afables barras. El Río Rita estrena un rutilante neón verde con su lacónico nombre de película olvidada. En esta tarde viral, veo a muchos haitianos, con gesto escrutador e interesado. Quizá se acostumbran a su nueva ciudad, desde otra mirada, de crisis y alerta civil (la tragedia urbana como un oneroso rito de paso). Muchos de ellos vivieron los días del terremoto en su país; el arrasamiento de Puerto Príncipe, la ciudad capital de Henri Christophe, Papa Doc y los Tonton Macoutes.



Si la “Bendición Aérea” del arzobispo fue una ocurrencia, al menos abstracta, hay que reconocer que las instituciones católicas a ras de tierra, siguen duro en la batalla, en la acción directa: la Casa del Migrante y la Casa de los Pobres, de los scalabrini y los franciscanos, respectivamente: puertas abiertas, refugio seguro, alimento caliente y corazón generoso; los salesianos, en el Desayunador del Padre Chava prosiguen su trabajo de siempre. Ofrecen diariamente alimentos, atención médica y solidaridad concreta a cientos de desamparados. Voluntarios, seculares y religiosos. Inmutables, claridosos y correosos, en lo suyo, no les asombra nada; en años sucesivos han visto toda clase de cosas, la rutina como incolora tragedia permanente.



En la cartografía de rutas de taxis hay también un aviso de la Tijuana profunda. Una letanía de nombres para no extraviarse: Los Pinos, la Remosa, la Altamira, Infonavit, la Líber, Fundadores, la colonia Federal, la Independencia, el Luna Park, el Soler, la Postal, el Mirador, y contando. Invención y síntesis de la ciudad en un mapa de rutas urbanas.



Esta no es una ciudad sino muchas; una asamblea de Tijuanas que comparten un tiempo simultáneo. La que vemos, es la ciudad de los sin casa, de los desamparados, de los migrantes apenas llegados, de los recién deportados, de los ñongos de la canalización, que ahí fundan su campamento. Intemperie. Es la Tijuana de la derrota, de la marginalidad, de la desesperanza, que late fuerte y exige ser tomada en cuenta.



El centro es el lugar del espacio público, de la convocatoria civil y la celebración, que retiene el simbolismo del pasado. No hay margen para idealizarlo: deterioro, bajos niveles de convivencia, inseguridad, abandono, falta de rehabilitación y de proyecto. Y en ciertos espacios, una salvaje especulación inmobiliaria. El tiempo hostil de la epidemia no presupone que haya una renuncia a la calle (no puede haberla), pero la atmósfera que se vive es de una conmoción silenciosa que aparenta naturalidad, tensa expectativa, normalidad reventada; un ambiente urbano infectado por el miedo, la confusión y la incertidumbre.

## Pintas, anuncios, letreros, como mantras

“El coronavirus, criminal mentira de la dictadura”. Volante del Grupo clandestino Triunfo Comunista.

“Yo me quedo en casa”. Adelita Bar, Zona Norte, table dance.

“Esta historia continuará. Volveremos a vernos”. Anuncio de Cinépolis.

“I’m not here. This isn’t happening”. En una bodega por el rumbo del Murúa.

“La casa como una pequeña ciudad” (cita de Vicente Quirarte al renacentista Battista Alberti).

“Gran Concurso de Cumbia, el 20 de abril”, en el Tropical Bar (Nunca fue tal concurso).

"A este bicho lo paramos juntos" (muro anónimo por el boulevard Agua Caliente).

-----

"Ya regresamos", Club Amnesia, Avenida Revolución de Tijuana.

-----

"Juntos somos más fuertes" (Calimax)

-----

"Gracias a los que tienen que salir, para que todos salgamos adelante" ATT cartel. Zona Río Tijuana.

-----

"Cuidemos a los que nos cuidan". Cartel de apoyo a la policía comunitaria". Agua Caliente Heights.

-----

"Por contingencia Covid-19 trabajamos a puerta cerrada. Solicita tu trabajo y pasa por el 664 219 3039." D'Vinyl Graphic Design (Calle Segunda).

-----

## LOS HOSPITALES. LA LUCHA A RAS DE TIERRA

La convicción fue tardía, pero pronto quedó claro que los hospitales públicos serían el campo de batalla contra la epidemia. Los servicios médicos, como en otros lados, comparten la misma historia: el abandono, la poca inversión, erosionados por la dejadez y la incuria, con escasa contratación de profesionales médicos. Hospitales en construcción desde hace años, con salas convertidas en picaderos. La falta de cobertura en vastas zonas urbanas es la realidad apabullante, con la epidemia del Covid se multiplicó la crisis. En la zona este de Tijuana, ningún hospital público; en la región de la migración indígena mixteca de San Quintín hay un solo hospital. No existe experiencia para enfrentar desafíos médicos masivos. Se temió, entonces que la capacidad existente fuera rebasada fácilmente por la ola de contagios. En los días finales de marzo vinieron los primeros indicios. La escasez de insumos, haberes, vituallas mínimas para plantarse, de cara al vendaval de contagiados. La losa del compromiso gubernamental recayó de inmediato, en los médicos y enfermeras del IMSS, ISSSTE y Hospital General. Pronto, la curva de epidemia creció y Tijuana era vista como la capital de los contagios del noroeste, por su cercanía con Estados Unidos y por la habitual y desenfadada forma de actuar de su población. A los reporteros de medios y redes les dio por decir que Tijuana era la Nueva York mexicana de la epidemia. Y sí, las cifras ascendentes, hacían temer lo peor.

Resultan alarmantes las filtraciones de lo que realmente sucede en los nosocomios: los dos grandes hospitales del IMSS, el ISSSTE y las clínicas renuentes del sector privado, como Excell o Del Prado, que se negaron en un primer momento a atender a sospechosos de Covid. Enfermeras, médicos y personal sanitario pronto pusieron las cartas sobre la mesa y ello fue de mucha

ayuda para socializar el problema que se avecinaba. Con el uso intensivo de las redes sociales, en especial; facebook y whatsapp, empezaron a comunicarse directamente a la ciudadanía, sin la mediación de funcionarios estatales o delegados oficiosos. Y su reporte inicial fue informativo y elocuente: insuficiencia de camas, ocupación total de los ventiladores disponibles, falta de servicios de hemodiálisis, para contrarrestar efectos colaterales del virus y necesidad de insumos y equipo, como overoles sanitarios, tapabocas N95, viseras de acetato; botas sanitarias, manómetros y baumanómetros. La insuficiencia de instrumentos médicos de primera necesidad hizo crisis rápidamente, lo que fue paliado por la respuesta ultrarrápida de grupos ciudadanos que auxiliaron en la gestión o compra de materiales; y en una segunda fase, la Federación garantizó un abasto más consistente. Como en las mejores gestas de la comunidad contra el desastre, estos grupos ciudadanos supieron reaccionar y motivar a los demás para reunir recursos y dedicarle tiempo a una tarea de salvación común.

Un ejemplo de autorganización ciudadana es el grupo Tijuana vs Covid-19, con vínculo directo con médicos y enfermeras de la primera trinchera (Clínica 1 y 20 del IMSS, nosocomios del ISSSTE y el Hospital General). Se estableció para recoger donaciones –en dinero y en especie- y encauzarlo a las enormes necesidades médicas; trabajan con micro empresas que producen insumos médicos contra la pandemia para la protección hospitalaria y suelen conseguirlos a precios solidarios. Tijuana vs Covid-19 llama la atención por su movilidad, generosidad y convocatoria. Enlazados con una buena cantidad de médicos de varios hospitales, tiene la diagnosis actualizada y urgente: la falta de recursos básicos de trabajo en las salas. Una retroalimentación confiable e inmediata, de lo que realmente sucede en los recintos hospitalarios, con su carga anecdótica de incidentes y tragedias cotidianas. El grupo se concentra en avituallar, reunir dinero,

parchar las oquedades del abasto gubernamental (que son muchas). Proveen productos médicos que compran, consiguen donados o gestionan, transferidos por corporaciones o individuos. Es notable una suerte de fluidez binacional en el suministro de equipo a pesar de las restricciones aduanales de ambos países. Utilizan su *fan page* de Facebook, como medio de trabajo y enlace con medio mundo; ahí se advierten las tensiones, el activismo en marcha desde la sociedad misma. El contagio de alguno de sus miembros o aliados es motivo de quebranto. Conseguir algún buscado medicamento o un producto urgente, causa de júbilo. En el esfuerzo colectivo hay empresarios, trabajadores de salud, estudiantes de medicina, geeks inventivos, emprendedores hípsters, corporativos de California y los que se vayan sumando, a esta activa brigada solidaria. De manera paralela hay un alebreste del mercado negro (viejo conocido) que usa los mismos canales, para promover su oferta de bienes, algunos adquiridos en las llamadas compra de pánico de la primera hora. Así, irrumpen quienes quieren aprovechar “la oportunidad del mercado” y promueven su stock médico variopinto: depósitos de gel antibacterial, tanques de oxígeno, lysol, acrílicos, termómetros infrarrojos, galones de desinfectante clorado, tapabocas quirúrgicos, overoles de fajina hospitalaria, entre otros. A los llamados del grupo, responden donadores de corporaciones; un empresario ofrece su estadio como hospital informal con quinientas camas, otros llevan paquetes de cubrebocas de importación y juegos de overoles. Lo que vemos en los posteos habituales de vendedores en pequeño o donantes convencidos, es solo una parte de la capacidad industrial médica, en la zona binacional, que debe ser poderosísima. En esa variedad de productos se entiende la importancia de los cabilderos farmacéuticos y productores de enseres médicos, y como han llegado a tener una fuerza descomunal, económica y política.

Y en el intercambio informativo de redes, de gran velocidad

y eficacia -con algunas leves riñas innecesarias-, se perfila una comunidad a la defensiva (horizontal, decidida, pragmática); empeñada en una guerra de gran intensidad contra la epidemia. Imaginación, insistencia, espíritu de sacrificio, tozudez probada. En el reparto hay de todo: donadores, contactos binacionales de gran valía, recursos médicos al alcance de la mano, consejos sobre dónde conseguir tal producto, pruebas de calidad sobre medicamentos, ayudas solidarias en casos concretos, listas de médicos confiables, reclamos que acrecen con fuerza mediática y obligan la rectificación de políticas públicas; registros testimoniales de la lucha contra la pandemia, desde la primera trinchera, las propias salas hospitalarias.

Llegan los refuerzos. Médicos sin Fronteras envía un contingente de doce miembros de sanidad, correosos, experimentados. Llama la atención que traen en su equipo a tres psicólogos. Un lado poco visto de la situación que padecemos, los estragos mentales, por el repentino cambio del patrón de convivencia, las secuelas del encierro y las dificultades económicas, el cambio en la escala con la que medimos todo.

La fuerza combativa de la sociedad civil de Tijuana atenúa los daños y la gravedad de la situación. Las tramas solidarias emergen en la disparatada vida de frontera. La radio comercial tiene la costumbre de programas noticiosos con micrófono abierto, ahí participan radioescuchas de la comunidad, los llamados tribuneros, como enlace con la sociedad y lo que sucede en los barrios, en las colonias del centro, es un *feedback* inmediato y creíble, a ras de tierra y de impacto inmediato. En ese sentido, también actúan las redes sociales, las cadenas de whatsapp, una considerable trama difusora aunque, también sean eco de alarmismo y reciclen *fake news* en forma intermitente. Hay que anotar que sin llegar a las agresiones o la patanería de otros lugares del país, donde atacaron al personal médico y aspersaron cloro sobre enfermeras,

o taxistas se negaron a llevar uniformados sanitarios, en Tijuana, la exclusión y el anatema, surgió de otros lados. En los márgenes del consumo y la vida pública. Cierta intolerancia con la cercanía de tosigosos; el dedo acusador para aquellos con fiebre. Empezó a cundir una taxonomía donde los desafortunados de la rueda de la fortuna de la epidemia corrían con la peor parte: los infectados, o los señalados con la adjetivación excluyente: “los positivos”

Diferente a otras crisis públicas, por ahora no hay liderazgos limitantes o sectarios; pastores carismáticos apoderados del micrófono. Ni extremistas que enrarezcan el ambiente con sus agendas. En las recientes caravanas migrantes de Centroamérica se vieron en acción a ultras y provocadores de los dos países. En este caso, la trama es colectiva y edificante, y en gran medida, anónima. Una parte de la atención médica, va orientada al encierro en casa (a vigilar síntomas, echar el naípe al vuelo de la fuerza del sistema inmune de cada uno, y aminorarlo, con fármacos menores, entre ellos el infaltable paracetamol), como una estrategia para evitar el colapso y el desbordamiento de las instalaciones de salud pública. El segundo paso es la internación hospitalaria, con un tratamiento de shock, cuidados e intubamiento, como la última opción. Un tratamiento, que ante la falta de vacunas o medicamentos disuasivos, aún no disponibles, se transforma en un albur. La muerte es anónima, coronada por el sufrimiento físico y soledad. Si abres la apuesta y sobrevives, la tanda de medicamentos y su costo, destierran a la clase trabajadora y media, incluso, de un tratamiento decoroso.

La sintomatología, dicha de muchas maneras, se convierte en un lugar común, pero sigue siendo un cuchillo en la garganta: tos seca, dolor de cabeza, dificultad para respirar, pérdida de olfato, gusto, diarrea, hormigueo en labios, mano y brazo, dolor en la espalda, fiebre muy alta.

Las autoridades locales parecen no entender el impacto global

de la epidemia y optan por salidas verbalistas o autoritarias: ondean la banderola del toque de queda, advierten de cerrar negocios. Utilizan los conceptos de “actividades esenciales” y “las medidas de confinamiento”, a su conveniencia. Los funcionarios: gobernador y alcaldes incluidos, son enérgicos y oportunistas, y procuran no asistir a ningún hospital, por si las dudas. La gravedad del tema y su complejidad los toma desprevenidos; imitan las conferencias vespertinas del palacio nacional y tratan de ganar tiempo. A veces, en su discurso, un problema de salud pública adquiere velozmente la tonalidad de asunto policiaco.

Ir al hospital. El término internar asume otro sentido, más imperioso, antes desconocido. Es llegar con el familiar, con la garganta estrangulada, la tos seca tocando a rebato, la mirada extraviada, la calentura disparada. Y llegar al hospital –privado, estatal, descentralizado- es como llegar a un gran tribunal. Te dejan entrar con reticencia, te colocan fríamente en la gran fila de los requerimientos. A esos lugares se les llama, con cierto alarmante sentido literario, “clínicas de fiebre”. Enfrentar al estrago va más allá del miedo ahora. Uno carga meticulosamente el instrumental médico. En la bolsa de la tía, el oxímetro, el paracetamol del botiquín preventivo, los folletos del departamento de salud; algunos más previsores, llegan con el tanquecito de oxígeno (de todos tamaños), para nivelar el promedio requerido para la sobrevivencia. Lo normal, entre 95 y 100 por ciento, como recomiendan las disposiciones.

Un rapaz capitalismo a escala. Uno está al tanto de las reglas, que se expresan simplemente en la inexistencia de reglas. La especulación, la ganancia rápida, el ocultamiento de stocks, la coima bajo la mesa. Cierran lugares de servicio al público, pero los bares y antros prosiguen con la etiqueta de restaurantes (hay ahí una evidente extorsión). Servicios de última elección, los funerarios. Especulan con los cobros, multiplican las tarifas, en el

límite de la extorsión (no entregan el cadáver del pariente hasta que la cuenta esté cubierta). Cobran por todo. No hay ley ni autoridad que los contenga. Los hospitales son feudo salvaje y permisivo; los privados, especialmente. Se dice que en el Del Prado, Excel, Ángeles, no aceptan pacientes de otras enfermedades, con el pretexto de la sospecha del Covid-19. Atajan a los pretensos, ponen al empleado más rudo para que haga el trabajo sucio. Piden 20 mil dólares por día, como fianza. “Si no tiene Covid se les regresa el dinero” (eso prometen). Otros cobran medio millón de pesos por aceptar pacientes. Los ahorros de largo tiempo, de una vida entera en solo día, de un pago único, de preferencia en efectivo. Circula un recibo de la Cruz Roja, con la cifra final de 960 mil pesos, por atención médica de apenas cuatro días. El servicio médico privado no se pone límites, se torna cruel, clasista, pródigo en trabas, mezquino. La venta del oxígeno medicinal se vuelve una pesadilla. Nunca hay suficiente. Monopolio impune en tiempos de necesidad pública. Se cobra al máximo precio. Y cargar los tanques se vuelve otra tarea ingrata; largas filas, hasta surtirse de un producto que ha multiplicado su precio varias veces. En este escenario, la procuración de salud, el cuidarse uno mismo en casa, se ha vuelto una cuestión costosa, que deja afuera a las mayorías. No hay de otra, que hacer fila en el IMSS del boulevard Agua Caliente, en consultorios baratos de las farmacias barriales. En las puertas del Hospital General de la Zona Río hay un campamento, una larga fila de embozados y pacientes trémulos con fiebre, con la esperanza disminuida. La esperanza fracturada de miles, la ilusión por un trato justo inencontrable, en días en los cuales la muerte tiene permiso. Entretanto, telefonistas de Gayosso hacen horas extras, y llaman a toda hora, para ofrecer criptas, cremaciones y servicios funerarios al mejor precio.

## UNA ISLA LLAMADA MAQUILADORA

¿Cómo llegar a las maquilas desde las colonias alejadas, de los barrios de las afueras? Tomar dos camiones, una calafía, a veces taxis. Si tienes suerte desde tu barrio empobrecido de las laderas de Otay, de la Buenavista, de la Gloria, por el rumbo de Rosarito. Algunas maquiladoras cuentan con su propio transporte, con rutas cortas y bien definidas. Así se llega a trabajar muy temprano a las ciudadelas de la maquila. Las instalaciones masivas de esas fábricas tienen una arquitectura disuasiva de grandes paredes, enormes estacionamientos adyacentes. Espacios para la descarga de tráilers. Cafeterías y comederos usados con el cronómetro en la mano. Un ritmo interno definido por el reinado despótico de capacitados, la producción medida y el reloj checador. Da la impresión que les regatean el sol a los empleados, que el tiempo está condicionado por la pulsión de la entrega, el reverenciado *Just in Time*, consigna fabril que les permite cualesquier atropello. La vida en la maquila insta una cotidianidad acre y desgastante para los trabajadores. Una lógica en la que viven, un invernadero donde se recicla una rutina hostil, de explotación laboral sin eufemismos.

Desde el principio se sabía que las maquiladoras eran un eslabón débil. La crisis sanitaria las puso en medio del fuego cruzado, como escenario de una tragedia laboral. Cierta discurso oficial ve a la frontera como el paraíso de las maquiladoras, espacio idealizado de la inversión extranjera, territorio del desempleo cero y la captación de divisas, feudo del desarrollismo rampante. Eficiencia productiva y subordinación transnacional, vieja historia. Maquilas, templos, cuya religión es la productividad cronometrada. Operación intensiva, mano dura gerencial, líneas de mando que vienen del otro lado de la frontera, una autonomía insolente, respecto las autoridades laborales mexicanas. Nada que

no se supiera. Hasta los estudiosos pioneros ven a la maquiladora con desconfianza esencial. ¿"Cuál es la naturaleza de la bestia", escribió el investigador Stephen Jenner.

Las maquiladoras fronterizas producen infinidad de productos, desde partes de aeronaves, teléfonos celulares, televisiones, refacciones de automóviles, equipos eléctricos, una variada gama de microchips, entre muchas cosas más. A mediados de abril, el gobierno de Baja California decide cerrar un centenar de empresas, enviando a sus casas a 80 mil trabajadores. Algunas fábricas obedecen la instrucción, con reticencia, sin dar garantías salariales a sus obreros. No obstante, la mayoría de plantas transnacionales no aceptan el exhorto del gobierno y varias fábricas siguen como si nada, en el juego peligroso de fingir una normalidad que semanas atrás dejó de existir. La Kyocera, Hyundai, la Kenworth encabezan esta rebeldía depredadora, y obligan a sus empleados a trabajar en sus galeras, sin garantizar las condiciones adecuadas de trabajo, ni cuidados sanitarios en la línea de producción, incluso tratando de evadir las inspecciones de las autoridades laborales (en una planta encerraron a cien trabajadores en las cajas de unos tráilers). Después, el gobierno estatal reconsidera y acepta revisar los casos de aquellas empresas consideradas "esenciales". De las dos mil maquiladoras registradas en Baja California, la mayoría reclama ese estatuto. Las maquiladoras siguen con sus programas de trabajo diario, con la intensidad y dureza laboral acostumbradas. Hay denuncias de trabajadores preocupados por su salud, asambleas calientes por la protesta. En abril, la información oficial identifica a la maquila como activo centro de contagio y para mediados de mayo la información es precisa: 435 empleados de maquiladoras dieron positivo de Covid en Baja California

Hay brotes de inconformidad en varias maquilas. Se realizan asambleas informales en los pasillos de las fábricas o en las planchas de los estacionamientos. Las maquilas pasan al centro de las

tensiones del conflicto laboral: la Samsung, Plantronics, Plamex, XB Fullfillment, Matsushita y muchas otras. La pretensión de los jefes de la maquila es mantener abiertas las fábricas a cualquier costo, con el argumento del sentido esencial de sus actividades. Con la argumentación implícita de que es mejor una multa que el cierre de las plantas.

El forcejeo laboral llega a las redes sociales. Un gerente patronal escribe al administrador de una página de facebook y le exige que retire el nombre de su maquila, como una de las que se niegan a cerrar. El informático se niega y el capataz le dice molesto que prefiere pagar por los trabajadores muertos a cerrar la planta. Así queda.

Entretanto, prosigue el número de infectados en las maquilas. Se da a conocer un amplio listado de las maquiladoras remisas. La situación sigue, en una rutina viciosa. Hay orden gerencial de seguir a toda costa, no se toman las medidas básicas, ni sana distancia, ni reorganización de espacios de trabajo; sigue el amontonamiento en los comedores y en el transporte de las empresas, cuyos autobuses transitan llenos, con el personal apretujado y gente parada, contraviniendo las orientaciones de salud pública y el mismo sentido común. Hay una creciente indignación de la opinión pública, reportajes en la televisión estadounidense y en la prensa internacional. Ante las protestas, hay testimonios en video, con la alocución conminatoria de un gerente. “Háganle como quieran. Nadie les va dar trabajo. Mejor obedezcan”. Se fijan plazos perentorios. Se hace caso omiso de la alarma, los sindicatos se limitan a realizar denuncias bajo cuerda, por vía de anónimos o filtraciones a la prensa. Los tribunales laborales se mantienen cerrados, así que las demandas obreras no avanzan un centímetro. Le apuestan al conocido limbo de las disputas obrero-patronales, que se agotan por resistencia. Ante la falta de la vieja izquierda sindical, o asesores laborales

independientes, los obreros hacen lo que pueden. Resisten, alzan la voz motivados por el miedo, hacen pequeñas asambleas en las fábricas (casi siempre videograbadas) y los gerentes responden con represión selectiva, listas negras, esparcen amenazas, con la autoridad laboral, como la gran ausente del reparto. Hay una maniobra leguleya de las empresas que tiene el resultado previsto: recurrir al amparo, en el entendido que se resolverá en meses futuros. Aunque la sentencia les sea desfavorable, prefieren pagar una multa que detener la producción. Como lo consigna la prensa internacional, hay injerencia del gobierno estadounidense, ejerciendo presión a nivel local fronterizo. *The New York Times* publica la declaración de Michael Kozak, subsecretario interino del Departamento de Estado: “Se ha estado trabajando de manera muy estrecha en apoyo de las empresas de Estados Unidos”. Finalmente, la ecuación seguida es clara: es más importante la entrega de la producción acordada que la salud de los trabajadores. La sentencia principal prevalece, con su carga imperativamente colonial: “asegurar las cadenas de productos esenciales”.



### Incendios a domicilio

Como si no fuera suficiente la cuarentena, la epidemia a sus anchas, por la ciudad y en las galerías hospitalarias. Caídos y contagiados en una estadística de la muerte, con una medición necrófila, casi competitiva. Noticias de conspiraciones y apaleos policíacos, por el centro del país. Conductas erráticas, amenazas de toque de queda. Ahora, en Tijuana, a todo color y temperatura, se presenta: el Viento de Santa Ana, con la compañía de costumbre, chamizos rodantes y fotogénicos incendios. Veamos la imagen. No. Aunque entusiasme o asuste, no es un nuevo volcán en Tijuana, es solo el resplandor en la cumbre de un cerro por el Este, de uno de los 24 incendios que se dispersaron ávidos por la ciudad. Otra noticia: hay floresta en la ciudad, aunque sea mínima. Chamizos, yerbazales, arbustos o matorrales, que arden como yesca. La imagen me recuerda un texto del libro de primaria: el “Nacimiento del Paricutín” de José Revueltas; aunque escrito con un tonito pedagógico de maestro cardenista.

© Fotografía de JR Drone.

### BAJAR LA FRONTERA. LOS BAJA BIRDS

La contigüidad fronteriza exige sus tributos. La alarma colectiva perjudica la actividad turística y ralentiza el cruce binacional, caudaloso y habitual, que ha creado un estilo de vida, una economía familiar, un estilo de sobrevivencia. Nuestra idea de la frontera se funda en esas actividades, en esa forma de ser y actuar que de pronto desaparecen. La condición fronteriza es esencial en Tijuana. La colindancia con Estados Unidos la marca y determina, incluso históricamente (hay que recordar la Prohibición de los años veinte, la Operación Intercepción, el estandarte ominoso de la Gatekeeper Operation). La frontera condiciona muchos de sus procesos internos: el turismo, la inversión extranjera, las maquiladoras, los incidentes binacionales, los trabajadores *commuters*, las multitudes en tránsito. En lo cultural, lo fronterizo se expresa de muchas maneras: experimentación, intercambio, influencia mutua, un nuevo lenguaje artístico.

La política de fronteras de Estados Unidos lleva tiempo endureciéndose. A partir del September/Eleven se refuerza la militarización de los controles fronterizos, bajo la justificación alarmista de la Homeland Security. Desde entonces, vemos un ambiente policiaco de desconfianza, maltrato a los mexicanos y poca flexibilidad ante los incidentes de frontera. Se ve a cada mexicano como un invasor, un *illegal alien* potencial. A esto se suma un enérgico programa de deportaciones, que regularmente avienta en las calles de Tijuana, jóvenes del DACA, jornaleros sin papeles, presidarios, indocumentados aprehendidos en razzias, en mercados, calles o lugares de trabajo. El muro promovido por Donald Trump, en esa lógica, es el extremo. El absurdo como política de Estado y el racismo imposible de ocultar. El odio a los indocumentados es utilizado como un arma electoral; la invención de un blanco móvil, de un enemigo para cortejar a sus partidarios y también como un acto de genuino desprecio a lo mexicano.

Covid y frontera binacional: una explosiva combinación. El paso fronterizo se restringe por órdenes federales de ambos países. Las fotografías ilustran esas escenas desconcertantes. Uniformados de la Custom and Border Protection (CBP), recorren la zona rural, con gesto desubicado, en la intemperie del Bordo, la *No man's land* de siempre. O se apostan como guardianes alertas en las garitas. Obvio, se nota el desconcierto de la falta de materia de trabajo. Los policías municipales mexicanos acostumbrados al trasiego de toda clase de actividades también lucen solitarios. Los civiles estadounidenses que viven en México son llamados por autoridades consulares al regreso a su país. Miles de ellos, pernoctan, residen o recorren la península de Baja California, en una tradición viajera. Los jubilados aprovechan la disparidad ventajosa de su divisa, los recursos de jubilación y tienen casas o departamentos en la costa Tijuana-Ensenada, y más al sur. Se les conoce como Pájaros de la Nieve y algunos de ellos se autodenominan con tono festivo, Baja Birds. El llamado de los cónsules es perentorio, pero desoído por muchos "old gringos", que prefieren quedarse en la "Baja". La ven quieta y silvestre, desierta, poco peligrosa. Disfrutable, en la extensión gozosa de la geografía y el tiempo libre. En la página de facebook, Talk Baja, se comunican entre sí, postean fotos de un paraíso peninsular todavía sin depredadores; se recomiendan médicos, carpinteros, mecánicos y *trailer parks*; se aconsejan, cuidan y velan por su seguridad, con una genuina simpatía por esta tierra mexicana. Aparte de las redes, cuentan con la cobertura de algunos medios impresos, que solventan esa demanda informativa: el *Baja News* y el *Gringo Gazette*, presentes en las Californias mexicanas. En sus páginas, viajeros y residentes extranjeros leen noticias, disposiciones y nuevos protocolos para extranjeros. Rutas, avisos y oportunidades. Muchos de ellos inician la regularización de su situación migratoria. Los mexicanos residentes en el *otro lado*, visitantes habituales a Ca-

lifornia y la amplia franja *commuter*, actúan con otros criterios y condicionantes. El económico, el salarial, su situación legal, la raigambre en familias binacionales, la doble nacionalidad, etcétera.

En la Línea fronteriza, los norteamericanos rápidamente fincan su batería de acciones unilaterales. Las reglas del juego son las que se les ocurren, su filosofía *express*, aplicable antes y ahora. Suelen chantajear con el blindaje de la línea fronteriza, como un filtro, un valladar, la tarea de contención que les encomienda la Homeland Security. La violencia paramilitar, en la que la Operación Guardián, ha sido un programa de arrinconamiento, maltrato y exterminio de los migrantes.

En la epidemia encuentran una justificación para medidas discrecionales, sin diplomacia o diálogo posible. En abril, la CBP clausuró el Pedwest (ruta peatonal que da acceso a miles de cruzadores de frontera en ambos sentidos); trastocan los horarios de entrada, discriminan con avisos frecuentes los límites y gradaciones del cruce fronterizo. Le dan a sus gestiones y actitudes una tonalidad de guerra: su lema habla por sí solo: *Protecting America Against an Invisible Enemy*. Es evidente su preocupación por sus connacionales internados en la geografía desértica y playera de la península (La llamada Baja). Todavía a comienzos de abril, la cónsul de Estados Unidos en Tijuana, Sue Saarnio, los conmina: "Aún es tiempo de volver a casa"

Desde este balcón se miran las estrategias sanitarias, en ambos lados de la frontera, distintas, con diversos tempos y recursos. Al norte de la frontera: una acción casi militar, con su logística programada de abasto, refacción y cuarentena. Todo lastrado en forma evidente por la torpeza federal, lo que ha incendiado la estadística americana. La infección se generaliza y asciende a las cifras astronómicas que hoy conocemos, en el sur de California. La radio pública, la PBC, transmite las 24 horas del

día; empezó el seguimiento de la pandemia desde la primera hora. Una cobertura monotemática, día y noche, como una salmodia litúrgica, con las nuevas, malas o buenas noticias, de la “Coronavirus crisis”. Reporteros en sitio, activistas, académicos, funcionarios, ciudadanos, en conjunto ofrecen una versión coral y un seguimiento con matices, dato duro y detalles. El combo de locutores internacionales le da especial atención a los problemas sociales, a como se vive en la experiencia comunitaria, la situación de migrantes y desempleados, los flujos de información con México y los países de Centroamérica.

En el diálogo interminable en la página Talk Baja se puede apreciar cómo vivieron la extensa cuarentena los “old gringos” en la antigua California mexicana. Informados, cruzando avisos, noticias útiles; dedicados a la precavida convivencia, en las playas de los extensos litorales bajacalifornianos o en parques vehiculares, al tanto de las noticias, pensando en el momento del regreso a la normalidad, brindando con una cerveza en alto o de pesca exitosa por el Golfo de Cortés. Alegres, seguros, informados, expectantes.

## GENTE DE FRONTERA

La desaparición de personas en las calles nunca fue total, menos en el centro y en la periferia del este de la ciudad. En bulevares y Zona Río sí se llegó a apreciar la ciudad deshabitada, el impacto visual de la soledad urbana. El discurso de la autoridad siempre fue ambiguo. Se privilegiaron actividades esenciales, cierto comercio, trabajadores del ayuntamiento, vendedores y la multitud inclasificable que lucha por la sobrevivencia como pueden. Comerciantes, estudiantes, oficinistas, la legión de la burocracia, fueron los más ortodoxos seguidores de las medidas cautelares dictadas por las autoridades de salud. Con cierto descreimiento, la política de salud se hizo severa y conminatoria, conforme pasaron los días. Cierta sector, de profesionistas y empleados públicos y maestros, se internaron en el terreno informe y desconocido del teletrabajo. ¿Quién queda en las calles? Los que no pueden escapar, los vapuleados por la crisis económica y la brecha social; entre quienes tienen recursos para aguantar una maxi cuarentena y aquellos que viven al día, del trabajo eventual, del jornal que consigan. Hay estamentos intermedios, claro. A fines de junio, hay una contracorriente, una anhelada salida a las calles, de los desesperados, por recuperar el empleo, por restaurar sus vidas interrumpidas en el comercio informal. Los migrantes recién llegados que se quedaron suspendidos en la tierra de nadie. Unos vagabundean por las calles, buscando cobijo. Muchos de ellos encuentran la solidaridad entre parientes, se refugian en cobertizos o cuartos adicionados, en colonias de las afueras. Los guerreros del mercado informal siguen en sus alambicadas transacciones. Los cajeros de las casas de cambio no pueden faltar al repaso; nunca cerraron. Las cafeterías trasnacionales aguantaron abiertas un buen trecho. Las pollerías sinaloenses con clientela y

arraigo en la vida en las colonias, siguieron con puertas abiertas, con grandes bocinas en las puertas del negocio. Los emigrados no perdieron la costumbre del regreso a la ciudad de la familia. Y transitaron a sus anchas, en su circuito de visitas a la parentela, compra de artesanías, y productos mexicanos que nunca faltan en sus cocinas.

La frontera se abre o se cierra con regularidad mecánica, por los vaivenes de la crisis pero también a causa de la paranoia de los guardias fronterizos. De ambos centros federales parece que no hay consigna: que suceda lo que tenga que pasar; la vieja máxima bolchevique, “que se agudicen las contradicciones”. Para los nuestros, la línea fronteriza es vital. Un porcentaje importante de la población laboral de la ciudad (investigadores de El Colegio de la Frontera Norte, afirman que el 5 por ciento), trabaja regularmente en el *otro lado*. Hacen fila, mañanean y llegan puntuales a sus empleos de 12 dólares la hora. Así las cosas, quienes salen a la calle, transparentan, las fuerzas más diáfanas de la vida en la frontera. El turismo, vieja fuerza motriz de la región ha caído desarticulada, exangüe, “como un montón de piedras”. Los operarios del turismo, empleados y servidores conexos, aguantan la respiración, ante la inmersión en la nada del desempleo y de la reclusión hogareña. Entretanto, en el este de la ciudad, zona de precaristas y nuevos asentamientos, deriva de la migración incesante, se vive sin preocupaciones. La vida continúa casi igual, con gente en las calles y algarabía en los mercados informales o *swap meets*. Prevalece, el así llamado -con malignidad- *Shinola way of life*, que atribuye a los sinaloenses (entre los que me cuento), una atrabancada forma de vida, despreocupada, zumbona, fincada en la fiesta, el estrépito y la celebración extrema, en los límites de la imprudencia o la autodestrucción. Esto, por verse y comprobarse, claro está. La acusación sigue en pie y casi no desmentida por los afectados, ocupados en la rumba de compadres, con platos de marisquería

costeña sobre la mesa y el brindis con latas de cerveza, al ritmo de los últimos corridos de las bandas del Pacífico.

En la inminencia del Fourth of July, fiesta estadounidense por excelencia, siguen las novedades. Vuelven a la ruta los ciclistas del miércoles. Se les ve al caer la noche, aunque más marciales, organizados, con el foquerío en sus cascos de metal, y su camaradería juvenil a la Frank Capra, como diciendo aquí estamos de regreso: ya volvimos.

La ruta de los asuntos gubernamentales es inescrutable. Hay un forcejeo sobre qué restaurantes abren o siguen cerrados. En las redes sociales se afirma que este péndulo decisivo tiene que ver con extorsiones y chantajes, como un pase de magia ante la vista de todos, que nadie ve (más bien un pase de charola, diría el respetable). Ante la cámara y en *close up*, los alcaldes de municipios conurbados discursan, dudan y optan por la declaración autosuficiente y retardadora. Mientras tanto sus policías arman filtros a la entrada de sus ciudades y sus inspectores de reglamentos acosan a vendedores en las calles y les quitan su mercancía o su dinero (o ambas cosas). Rosarito, el caso extremo. Algunos casi demandan la mano dura del gobierno y una presencia más invasiva. Por esos días se mencionó con insistencia, la tentación autoritaria de siempre, el toque de queda. Afortunadamente, las autoridades locales, jaloneadas por recientes escándalos no les alcanzó el fuelle, ni cayeron en la invitadora trampa, que esto supone..

Las señales urbanas son importantes. Antes, una manifestación, cual fuese, en la garita San Ysidro era vista como un desacato de lesa majestad, delito federal. Y ahora conforme pasa el tiempo, casi se normaliza. Hacia la aduana mexicana El Chaparral, marcharon cientos de migrantes centroamericanos en 2018; militantes feministas también acudieron a la cita con la frontera, a fines de 2019, no lograron llegar pero el desafío se cumplió en

el éxito mediático. Y ahora, en pleno nudo epidemiológico, los haitianos residentes marcharon hacia el Chaparral un domingo. Esa demostración oculta un continente sumergido; en la lista de demandas, los haitianos residentes en Tijuana, señalan agravios seguramente ciertos: maltrato policial, discriminación en las instancias de gobierno, extorsión, persecución a sus líderes. Temas que la prensa local calla o no atiende. Los migrantes haitianos viven en condiciones precarias. Se ha cancelado el anhelo colectivo de cruzar a Estados Unidos, por las condiciones adversas y el cierre hermético de la frontera, refractaria a la política de inmigración y asilo (esta última, carta jugada por los inmigrantes centroamericanos y del Caribe).

Los haitianos tratan de integrarse a la comunidad con denuedo y auténtico interés, pero se les confina a los peores trabajos, vendedores, cargadores, mozos. No se descarta que quienes los contratan en la ciudad, abusen de ellos, con ánimo encomendero. Los haitianos son alegres, respetuosos y conversadores. Les agrada vivir en el centro de la ciudad. Ahí se organizan en colectivos y rentan algunas de las numerosas cuarterías, con apoyo de los activistas religiosos, en la calle Octava, donde hubo una iniciativa para establecer una Chinatown. Pero temo que no hubo suficiente población china para pensar en un distrito exclusivo para ellos. Y pareciera que se trata de una comunidad oriental que decrece en la ciudad, ahora aún más con la epidemia. Antes, se les veía al cruzar la calle Constitución o en sus trabajos en el Palacio Royal o el Mi Kin Low Café, en el Boulevard Agua Caliente. Ahora son cada vez menos o no figuran tanto como en Mexicali, donde tiene sus logias intactas, sus sociedades diestras en la negociación con el poder burocrático mexicano.

## LA CIUDAD COMO TEATRO DE VARIEDADES

Si ignorar la gravedad de las noticias diarias, el aumento de contagios, el deplorable índice de muertos, la ciudad desarrolla otro lado de su personalidad; también conectada con los avatares de la epidemia Covid: su condición de agitado escenario, de recinto casi teatral para inesperadas conductas y ocurrencias.

- Al arzobispo de Tijuana se le ocurre bendecir a la ciudad entera, desde una avioneta. La iniciativa cobra forma y el dignatario de la Iglesia de Roma, delega en un sacerdote, Jorge Eduardo Zárraga, esa misión, que llaman “Solemne Bendición Aérea”. El plan es bombardear agua bendita y ensalmos, sobre sitios vulnerables al Covid (hospitales, cárceles, asilos y casas de migrantes). Además, se informó lacónicamente que otro cura (con altocuello y sin tapabocas) recorrió hospitales, con un pequeño séquito, armado con un frasco de agua bendita, que aspersó teatralmente y administró sacramentos.
- Una fila de carros, de varios kilómetros, espera cruzar la frontera en pleno pico de la pandemia. ¿Visitantes, *commuters*, compradores compulsivos, turistas rezagados? Difícil saberlo.
- Una secuencia trenzada con lo insólito y lo heroico, prosigue. Brigadas de ciudadanos, con overoles y equipo aislante, “sanitizan” calles, parques y plazas. Ellos financian los insumos utilizados, decenas de litros de cloro y uniformes especiales. Son abogados, administradores, comerciantes, gente de informática. Se imita la cultura pop, en el escenario iluminado por la epidemia. Los Ghostbuster se transforman en los CovidBuster tijuanaenses.
- Una enfermera lleva cartas de familiares al *ground zero* hospitalario y se las lee a los infectados en su cama de enfermos, en una reivindicación curiosa del poder de la escritura, de la

lectura al lado de la trinchera y del género epistolar, casi extinto. Tres emociones en una.

- A mediados de marzo las iglesias cierran a regañadientes, no sin antes lanzar desde el púlpito su monserga teocrática de castigo y redención. El arzobispo se dirigió a la feligresía dispersa y pidió con la seriedad que amerita su investidura, cumplir con los sacramentos, desde el recogimiento del hogar. Señaló que este difícil trance es también una oportunidad para establecer una pequeña iglesia doméstica en la “casa de cada uno de nosotros”.
- Entre la indiferencia y el compromiso, las fotos publicadas sobre los entierros anónimos a víctimas locales del Covid (notables imágenes las de Omar Martínez) en un cerro lejano, en las afueras de la ciudad, caen como una granada en medio del recreo. En esas fotos, uno de los sepultureros pinta a mano el nombre del fallecido en una cruz de madera blanca. Esa hilera de fosas en arcilla cruda, en las laderas del Valle Redondo, forja una escena conmovedora que recuerda Chernobil o el Khmer Rouge.
- La ecología del miedo. En estas mismas semanas, vimos en la frontera otras señas de apocalipsis doméstico, que se fueron fugaces como llegaron: la amenaza de los vientos de Santana, algunos sismos menores (¿La cresta iliaca de la Falla de San Andrés?), un inquietante ciclo de lluvias con tormentas eléctricas, fluorescencias azuladas en las aguas de Playas de Tijuana, trombas marinas en esos sitios costeros. La llana y directa Ecología del Miedo, como la denomina Mike Davis, ese cazador de catástrofes. Esta expresión sirve para describir la suma de acontecimientos y realidades que tienen que ver con una naturaleza intervenida por la acción humana, y se refiere a los avatares en el ecosistema del suroeste de la vecina nación; territorio vital que compartimos y no reconoce fronteras. Y tal parece que en la época de la epidemia se magnifican. El caliente viento de Santana es una realidad anual,

y no hay pretexto que valga. Adviene, con la resolana que entra a la sala de la casa, del departamento, la sensación de ahogo. Los chamizos ruedan en las calles, sobre todo en zonas baldías. Estos vientos son acompañados por una frecuencia mayor de incendios. En el mes de mayo, mientras la población se esforzaba en la lucha contra el coronavirus, prendieron 47 incendios a lo largo y ancho de la traza de Tijuana. El año pasado, las llamas asolaron la zona turística de la costa, cerca de Real del Mar. No hay conexión alguna con la epidemia; lo que es cierto es que esta situación de emergencia enmarca el dramatismo de los días que se viven. Y señala una dislocación ecológica que lleva tiempo y es de pronóstico reservado. Otro suceso, lluvias fuera de tiempo, un pequeño terremoto, de la zona de la Falla de San Andrés, por la cordillera que continúa la Sierra de Juárez, con intensidad Richter de 5.5, que cimbró a la ciudad entera. Otro ingrediente en el nervioso coctel de sensaciones. La naturaleza, al contrario de otras latitudes, no pareció mejorar; borrasca en la costa, peces muertos en la playa, una cuadrícula de acontecimientos, que pareciera la escenografía de ópera bufa destinada a divertir o aterrorizar al espectador. El telón de fondo, el número creciente de muertes y el impacto de la epidemia en la vida de todos.

- El arte puede ser una forma de resistencia; pero no el arte restringido a las pantallas de las computadoras. Jóvenes grafiteros construyen un enorme coyote de madera en solidaridad con los migrantes; bailarinas ensayan sus coreografías en los techos de los edificios más altos; Daniel Watman cultiva su jardín binacional de flora endémica en el Bordo, como un desafío vegetal contra las fronteras (los uniformados de la Border Patrol destruyen ese jardín por rutina); los ciclistas salen con pañoletas verdes a transitar por la ciudad a oscuras, en un desafiante performance semanal.

- Dentro de la variedad de crímenes que alimentan la nota roja (esa detestable cronista urbana), destaca el auge de uno de ellos: la ejecución por cobro de piso, a vendedores, profesionales y restauranteros. Ante la inacción e incompetencia de las autoridades de los tres niveles.
- Al inicio de julio, pasa una avioneta trazando un garabato de humo, en la frontera de National City/Chula Vista/ San Ysidro/ Tijuana, en una secuencia, que dibuja en el cielo una frase: “no te rindas/ la frontera no te ha cruzado”. ¿Poesía desafiante y pública, arte instalación o provocación milenarista para suscitar estupor? No lo sabemos. Un colectivo de artistas de Los Ángeles se atribuyó esta aérea acción directa.
- En pleno semáforo rojo, lejos de la posible normalización (palabra fetiche, que va y viene, determinada por la intensidad de la epidemia), uno de los primeros espacios en abrir oficialmente fue el Casino Arenia, de las Torres de Agua Caliente. Se alienta la ludopatía, como “actividad esencial”, negando por omisión sus daños colaterales. Un cínico y militante signo de época.

## Medicamentos de antes y de ahora

Los recuerdo como amuletos para la salud. La presencia acechante de los síntomas y la sombra de la hipocondría, traen a la memoria los medicamentos del pasado. ¿Cómo era antes? Volvemos a la madre que guardaba las pomadas, el afilado termómetro de mercurio que prestamente te colocaba en las axilas; el uso providencial de brebajes, los jarabes expectorantes, untos de eucalipto, los tés benefactores. Antes de esta embestida de marcas y pastillaje moderno hubo otro arsenal, un distinto directorio de fármacos. Nunca imaginé el oxígeno encapsulado (en esos tanques tan disputados), lo consideré gratuito, universal, presente dondequiera. La infancia y sus incidentes caseros. El merthiolate para las heridas, las pomadas en contusiones, el negro Iodex, “para dolores musculares y articulares”, la milagrosa árnica, el vick vaporub frotado en el pecho del ruidoso convaleciente; el aceite de hígado de bacalao, para enriquecer la salud de manera inmediata, misteriosa.

Para los niños de mi generación era un tormento tomar esa pócima. La botella de aceite de hígado de bacalao, la Emulsión Scott, tenía un tosco dibujo: un pescador equis que carga un pez enorme (un presunto bacalao). El trago de un solo golpe, para no sentir el sabor y tratar de olvidarlo para siempre. Las madres lo guardaban como un as bajo la manga, al que tenían una confianza ciega. El poeta Ossip Mandelstam lo describe con precisión e ingenio: «El aceite de hígado de bacalao es una mezcla de incendios, amarillas mañanas invernales y grasa de ballena: el sabor de un ojo arrancado, reventado, el sabor de la repugnancia, llevado hasta el éxtasis».

## INSTRUCCIONES PARA HACER FILA (DONDE SEA)

A leccionados por los discursos de prevención sanitaria y convencidos de los deberes individuales, hemos adoptado la sana distancia como divisa (un cartón animado aparece en todas partes como señuelo, como instructivo infantiloides). La sana distancia, ese logro anhelado por los ultras de la epidemiología. En las filas para la compra del mandado o la cerveza en el expendio del barrio; filas en el COSTCO y la temida cola bancaria; todos esos escenarios exigen la toma de medidas estrictas. Los bancos contra sus usuarios, y allá tú si decides apartarte y hacer algo distinto. Otra escena. Fila en los Calimax y Sorianas. En la puerta se halla el guardia pretoriano; en la mano siniestra, el frasco de lysol y en la derecha, el termómetro infrarrojo. Para una estética de los que hacen fila; los mejores requieren entrenamiento, actitud, concentración, valores. Toda una prueba. Veamos, a los que hacen fila por cerveza. Se dieron casos célebres en Mexicali y en Rosarito, en los disputados expendios de cervezas. En Tijuana, mayormente los sitios atacados fueron los inexpugnables Oxxos. No supe nada de los Modeloramas. He ahí que es necesario llegar a un acuerdo, porque si no, surge la violencia y eso no conviene a nadie. Es posible que el sombrero que bajó de la Cheyenne lleve una escopeta recortada o un “mueble”, como le dicen al AK 47; o aquella dama de cabellera leonada guarde una Derringer modificada en el bolso, y aquel pocho de spanglish pendular, que viene en una guayina y lo espera la familia, lleve por lo menos una filera con empuñadura de *masking tape*. Nadie lo sabe. Mejor persistir en la fila. Ahí todo mundo se vigila entre sí. Hacen línea, unos cerca de los otros, sacan los billetes y manotean como si estuvieran regateando en un zoco. Bromean. Llegan al mostrador, como si fuera un triunfo deportivo, sonríen y voltean a ver a los demás,

con aire de suficiencia. La caja de Carta Blanca, el veinticuatro de la Pacífico roja. No hay duda de sus gustos. Van a las marcas de costumbre. Por qué desprecian o son desdeñosos con la Stella Artois, la Heineken nos les dice nada. Ahí van a lo de siempre. Lo ideal será la caguama, enorme, helada, ambarina, eso pasa por la mente de los compradores. Hay un raro equilibrio que mantiene esto en una alegría sin violencia, a pesar del precario equilibrio de tanto ego machista. No les gusta tampoco la cerveza artesanal, no comparten esa preferencia hipster. No soy hombre de cerveza; antes, por razones de paisanaje, bebía la Pacífico. No entiendo por qué el rechazo a la Cerveza Tijuana mezclada, esa que llaman La Güera, en el Caesar’s Restaurant. A pesar de que es una industria local, muy a la alza y celebrada dondequiera. Nada. Dejemos esta fila. No nos representa. Hay demasiada testosterona, desafío y embeleco en estos tipos. No respetan la equis en el piso, ni los avisos de la *social distance*. Ni se cuidan, ni les importa. Hay que decir que hubo avisos históricos de crisis. No hay cerveza. Sonó en los medios impresos y en los posteos de las redes, en el trenzado de mensajes en whatsapp. In-cre-í-ble.

Antes que se acaben la cerveza, pasemos a otra fila.

El COSTCO es un almacén enorme, imán para los compradores del *otro lado*. Vienen en grandes grupos; hacen uso del diferencial peso/dólar y salen ganando. El imperio de los gerentes se deja ver. Mano de hierro. Larga fila en ocasiones supervisadas por inspectores. Solo uno por familia, es el aviso de costumbre. Y guardar la distancia equidistante, el tapabocas ajustado, el flujo regular hacia la entrada, la credencial en la mano (la roja o la negra), según tu estatus del cliente. Y en la puerta, dos mesas con gel antibacterial, servilletas empapadas con una solución clorada y vigías de las tiendas, muy atentos. Esta fila sí funciona. Y no hay contacto, ni plástica metiche, ni monólogos distractores, solo la variedad de los consumidores que da para mucho. Sin novedad en el frente.

Y qué me dicen de los bancos. Ellos tan organizados y usureros, tan inclementes con cobros e intereses. Cierran a deshoras, tienen horarios trucados, filiales clausuradas durante semanas, donde ponen cartelitos vagamente informativos. Volveremos, me digo, con un fraseo a la Mac Arthur. Filas que admiten el gastado y viejo adjetivo: soviéticas. Entrás después del tedio de la espera, y unas pocas cajas abiertas. Ves las oficinas del rincón profundo y entiendes la afirmación misteriosa de Franz Kafka cuando señala, que las oficinas son como una teología, donde la jerarquización, los mensajes cifrados, el sometimiento a las claves oficinescas encarnan una verdadera religión laica. Alguien tose dos o tres veces y se le ve como un canalla absoluto, un “positivo” seguro. *Mr: Coronavirus himself*. Los ancianos entran cuando quieren, bastón en alto, nos ven desde la altura de sus siete, ocho décadas, viseras y sombreritos anacrónicos, con la frente descubierta, enarbolando urgencia y falta de paciencia. Tienen un horario matutino, sus conocidos hábitos mañaneros y la necesidad de atenderlos, para que no corran peligro. En-hora-buena.

Otra fila más bien inexistente, inunda este tema con una vena anárquica. La fila en los mercados sobreruedas. Aquí no hay cola, son oleadas, marchas, escuadrones curiosos. El lugar perfecto para la espontaneidad consumista. Aires de Calcuta, del Metro en horario tope, de la Semana Santa playera. Van los clientes como paseantes, se enciman, se les ve relajados, apenas se acuerdan de la epidemia y son cientos, quizá miles los que salen los días de fin de semana. Y es el comercio, en su acepción cruda y original, casi la dinámica del trueque, lejano, de las primeras sociedades sedentarias (el Modo de Producción Asiático). Aquí tan fresco, actual y rozagante en los días de Covid. Es decir, que en los sobreruedas de la Zona Norte, de los recovecos de la Remosa, de las alturas de la Pancho Villa o de la entrada costera de Rosarito, no hay leyes, ni regulaciones para la compra o sana distancia. En resumen, no hay fila.

Otras filas menos representativas pero divertidas o melancólicas.

Dejemos el tema que no da para mucho. El cronista como todos, ha sido testigo y participante de muchas filas. Hay enseñanzas. Si se va a escribir de esto, no pasaremos del costumbrismo o el soso realismo. Esto da para imaginar otros derroteros. ¿Qué podría pasar? Hacer una fila que vaya a ninguna parte; buscar una hilera de gente silenciosa que se queda congelada, como un atascón de autos. Formarse ilusionado por llegar a la entrada y que te devuelvan porque tu credencial ha caducado. Estar en la fila guardando el lugar para una persona que nunca va llegar. Estar en la fila y salirse de repente sin mirar a nadie. Hacer otra fila, más lenta, casi lisérgica, y al llegar enfrentarse en un duelo de tarjetas de crédito. Llegar a tu meta, entrar y no encontrar ningún producto. Hacer una compra de pánico solo para experimentar la adrenalina del saqueo permitido, una sensación extrema que se vuelve una experiencia estética (se requiere una tarjeta de crédito bien dotada, eso descarta a muchos en el performance).

## FIESTEROS, REBELDES, INSUMISOS

Ante la deseable disciplina de las mayorías, hay otros que eligen la trinchera de los insumisos. Una acusación recurrente de periodistas en la línea de fuego, del personal médico, es la queja de la frivolidad con que la gente sale y se expone (y compromete a los demás). El trayecto binacional es zona de contagio. Las rutas de los camiones son feudo de infección garantizada. En los mercados sobreruedas hay una enérgica diseminación del virus. Las fiestas familiares son el territorio consagrado de la fiebre inminente. No se han visto, por cierto, más celebraciones de quinceañeras, con su rito de paso y despliegue callejero en limusinas rentadas. Aquí recuerda uno lo que dice el surcoreano Byung Chul-Han sobre la desaparición de los rituales, que también es la muerte de una parte de nuestra humanidad. Y es cierto, si recorremos la historia de esta villa de frontera, es la historia del turismo y de la fiesta. En todos sus formatos. La fiesta: animada o tolerada, contracultural, marginal, callejera, como expresión de júbilo o aceptación de la derrota vital. La fiesta siempre ha estado ahí. Y los insumisos de la hora actual responden a este temperamento. Descreen de la pandemia (es una invención del gobierno, o suscriben la tesis paranoica del control de la sociedad, por fuerzas naturalmente oscuras). Los afectan mucho las historias de desabasto. La cerveza, las taquerías, su libertad en las calles, el derecho al borlote. El fronterizo way of life se cimbra, tiende a colapsar. Las respuestas son variadas. Se convoca a festejos por el rumbo de la Presa, a vacacionar en las playas, a fiestas en bodegas, *parties* de la tribalidad familiar, delatados por vecinos, y a donde la policía llega a tocar la puerta, murmurar y disculparse. La variedad es infinita. Congales de la zona norte abren selectivamente. En las terrazas que dan a la bahía de colonias y favelas de los cerros, se celebran cumpleaños y graduaciones de todos los rangos educativos.

Un ejemplo comentado y fotogénico. Por medio de una convocatoria en redes, cadenas de whatsapp o a telefonazo limpio, invitan a una fiesta casi rural en los alrededores del vaso de la Presa Rodríguez. La fecha señalada: el domingo 15 de abril, 2020. Llegan en furgonetas, carros de volteo, jeeps, familias, parejas, solitarios, de todo. No se supo nunca si era un picnic campestre, una feria, a la manera de antaño o un concierto con algún grupo Alterado, o una carrera de caballos, ilegales pero frecuentes en ese rumbo, a la salida de Tecate. El ministerio de La Presa dio el pitazo y en poco tiempo, patrullas y camionetas de la policía estatal y la fiscalía llegaron a arriar con la muchedumbre, que abordaron sus vehículos y salieron en desbandada.

En plena campaña de contención y cuarentena, llaman la atención los grandes y desautorizados festejos. El primer aviso fue una multitud en Playas de Tijuana, sitio de reunión de familias clasemedieras y proletarias que no tienen a dónde ir, de paseo dominguero; emigrados de visita, o hipsters que se congregan en los cafecitos del pequeño malecón, pero ese día, he ahí las familias, el rebaño de parientes, incluidas mascotas. En medio de la epidemia, aglomeración y festejo a un lado del muro de la frontera. Las familias, a metros de las olas, con una sombrilla y un cartón de cervezas; el patriarca, un obeso de bigote, sentado y ventrudo como un satisfecho buda, contrata tríos de redova.

Las señas urbanas son importantes para anticipar lo que viene e intentar el control de daños, aun sea, en la vulnerable condición de ciudadano. La tensión policiaca en las calles del centro, la entrada masiva por la garita del norte de mexicoamericanos que vienen de compras/convivio/relajo de fin de semana/ reuniones de familia. Lo de siempre, solo que ahora esta visita multitudinaria adquiere otro significado. Se encienden los focos rojos. La garita como núcleo de diseminación vírica y contagio. De aquí para allá, decenas de requisitos u ordenanzas. Del norte para al sur, nada,

impune y no vigilada ruta abierta. Bienvenidos quienes sean (de preferencia cualquiera). Sigamos: señales en las calles, los anuncios espectaculares petrificados, el deslizamiento de la moneda, relativamente controlado. Rumba de motonetas del Uber Eats. Y en medio de la calle vuelven los acróbatas, los escupecuegos, y los austeros uniformados del Ejército de Salvación, que piden apoyo para causas urgentes, que pocos conocen. Algo significa este puñado de señales urbanas. Como dicen en los juegos beisboleros: esto no se acaba hasta que se acaba. La gente se siente animada a salir. Tiene que ver con el hambre de vida, con la voluntad de sobrevivir, con la adrenalina sensual del festejo gratuito, porque sí.

El COSTCO se transforma en la gran plaza de la convergencia consumista, el indicador de la salud emocional de la comunidad; un vórtice de compradores, el consumo como termómetro de la salud financiera de los ciudadanos. El COSTCO se transforma en la gran plaza de la convergencia consumista, el indicador de la salud emocional de la comunidad; un vórtice de compradores, el consumo como termómetro de la salud financiera de los ciudadanos.

Y la consabida cultura del narcotráfico no se repliega; sus locales y espacios de celebración están cerrados, antros, clamaterías, bares y lugares de recreación, pero se oyen sus melodías, los narcocorridos, al pasar un taxi con la ventana entreabierto, en la grabadora del albañil que hace reparaciones en la escalinata del edificio, en los radios de los empleados de abarrotes. En estos pedazos de canción, que se escuchan aquí y allá, creo reconocer las historias de siempre: siembra de amapola en la sierra, avionetas cargadas, amores funestos, madrecita abandonada, fiestas que terminan a balazos, abandonos que demandan venganza, persecuciones, hombres de ley que mueren en la raya, *venadeos* en las grandes ciudades, paseos en troca por el malecón de Mazatlán

o de La Cruz de Elota. Lealtades, traiciones, muertes recordadas, olor a pólvora. Vuelvo a ver pasar los taxis melódicos, el albañil con bombox, el empleado de mostrador que gusta de los corridos alterados (y los tararea, mientras te entrega el cambio).

La fiesta de la rebeldía, el clímax de la fiesta de los insumisos fue el día de Halloween. La Avenida Revolución se atestó de personas, paseantes solitarios, parejitas en el rito de la salida al centro, después familias, muchas familias. Una multitud abrumadora, enmascarada, litúrgica, festejando, casi liberada. Todos ellos en un deambular absurdo, masivo, por la Calle Mayor.

## INFORME DE LOS DIAS DE JULIO

Un día amaneció la vida con un tono diferente y otras reglas para la conducta. Se cancela el modo de vivir, actuar, de habitar la ciudad. En todas partes, el acicate es el miedo, las noticias velozmente esparcidas. La radio y la televisión con una embestida coral. La epidemia en el planeta. La ciudad Covid, la amenaza que toca las puertas de la casa. Pausa. Radio ambiental. Cae la noche, ambulancias, tiros y sirenas policiacas. En los cristales de las ventanas, se refleja el resplandor epiléptico de los estrobos policiales.

No cambia mucho el panorama. La guerra “por la plaza” continúa con otros métodos. Los carteles del narcotráfico se fragmentan y negocian entre sí. La violencia sigue, incluso aumenta, y según estadísticas, Tijuana es de las más violentas a nivel mundial. Faltan acciones contundentes de parte del gobierno federal y los fiscales regionales. Aquí parece ser cierta la frase: geografía es destino, las condiciones de Tijuana, su cercanía con Estados Unidos la vuelven una zona de cruce, una ruta inevitable, un mercado de droga demandante, en continuo crecimiento.

Vamos en auto por el boulevard, acechando una casa de cambio. Debo pagar una deuda. Hay decenas de ellas, con el letrero en lo alto anunciando la nueva y fugitiva paridad cambiaria. Issa me dice: hay gente, como extraviada, viendo hacia al cielo o con la cara clavada en el piso. Hablando solos, como abstraídos en su propio discurso, al parecer ajenos a lo que pasa a su alrededor. Como los milenials que van por la acera, con la pantalla del *smartphone* en el rostro. Caminan con un andar escoriado y distraído.

Inquietantes los días finales de junio, amagos de apertura en la ciudad clausurada. La gente ya está cansada de mantenerse en casa; la mayoría trata de rescatar el trabajo que tenían, el puesto, el sitio en la oficina, el empleo de venta ambulante o volver por

su chamba de meseros en el restaurante. A los gobernantes se les nota extraviados o exhaustos. Deben mantener sus conferencias mañaneras con la idea de entrega y servicio público, y bajo la mesa, atender los compromisos con sus benefactores, aquellos que pagaron las campañas electorales. Ya otorgan permisos directos e indirectos a empresas, casinos, bares, congales y restaurantes (“con todas las precauciones” y “exigentes protocolos de seguridad”, según los documentos oficiales de permiso).

Hacia el temido 4 de Julio. La frontera de Tijuana es eminentemente turística. Historia, temperamento y destino. Esos son los mecanismos a que responde; por eso es tan importante que la frontera se mantenga abierta. La línea custodiada por la CBP (nuevo nombre de la Border Patrol) opera con criterios que tienden a endurecerse y ser cada vez más autoritarios y violentos. Desconfianza al máximo. Ven a cada mexicano como un peligro potencial, un traficante o un emigrante indeseable. Nuestra ciudad sigue en busca de su destino y expresa los problemas orgánicos de siempre. También es una ciudad creativa, imaginativa, que se adapta a su condición fronteriza –su razón de ser– y enfrenta desafíos de la violencia, la desigualdad social, la falta de planeación urbana y los vaivenes de la economía californiana. Ciudad de la migración, de lejanía respecto al centro federal, ciudad castigada por la violencia y la complejidad binacional. La etapa Post Covid representa, como en todas partes, un desafío adicional, erizado de dificultades.

Todos los que conocen la región anticipaban un día de prueba, el 4 de julio. Es un día de festejo nacional en Estados Unidos. Miles de visitantes anglos llegan en caravanas de autos, cruzan los linderos del centro y toman por la Carretera Escénica, a los territorios de la Baja (como la llaman). Plazas, hoteles, *trailer parks*, salas de festejos, casas rentadas, a la manera tradicional o por Airbnb, buscando la naturaleza, la fiesta en sus propiedades

que compraron, por medio de elásticos fideicomisos. Antes, iban al centro de la ciudad, hace tiempo que ya no les atrae. Los mexicoamericanos acuden en un número similar, a visitar familiares, diseminados en las delegaciones y barrios marginales, acuden al mercado municipal y a plazas comerciales. Instauran un afiebrado día de visitas, compras, cotilleos, servicios médicos, abasto de dulcerío autóctono. Para ellos es un lazo indestructible con la patria, que los recibe cuando quieren y usan el diferencial de la divisa como un gozoso instrumento adquisitivo.

Toda esta caudalosa visita tendría efectos en la zona, ya se veían algunos *spring breakers* por el rumbo de Rosarito y en los alrededores del Valle de Guadalupe, zona restaurantera, viñedos, cabañas y espectáculos artísticos. La amenaza era en serio. El torrente de turistas con el deseo confeso de diversión y entretenimiento, a contracorriente de la estrategia de contención y sana distancia. Se dio como se temía, con aglomeraciones y festejos, en sitios cerrados. Las autoridades regionales presionadas por intereses turístico-comerciales cedieron permisos y facilidades. Las consecuencias se verán en poco tiempo. Como paradoja o mensaje mediático, los gobiernos municipales de Tijuana y Rosarito montaron operativos de vigilancia y retenes, que forjaron filas kilométricas de autos en la Escénica y la Carretera Libre. Las respuestas, por desgracia son únicamente policiales. Quienes tengan propiedades, hospedaje contratado, pasan, y así cruzaron los miles de turistas a su destino previsto, contra viento y marea.

Otra cosa vemos en los muros en este julio; los viejos carteles dan paso a otra narrativa visual, que aborda la lucha contra el Covid, en edificios, hospitales privados, en los espectaculares rentados por los grandes supermercados, hasta en los afiches que ofrecen diseños de tapabocas cools para clientes solventes y milenials. Carteles enormes y policromos que agradecen a los médicos, a las enfermeras, a los policías (por cuidarnos, dicen), al futuro que

se vislumbra luminoso y lleno de oportunidades. Un despliegue iconográfico como ejercicio de optimismo. Hasta el clandestino grupo Triunfo Comunista pega sus carteles en el rumbo del cruce proletario de la Cinco y Diez, lanzadera de autobuses y calafías, con ruta a colonias lejanas. Con otra historia, acaso discordante. La publicación “Proletario”, es una llamarada nihilista; descrea de todo, especialmente del gobierno, se solidariza con los obreros y exhortan: “Coronavirus: criminal mentira de la dictadura. Abajo con la Ley Marcial (Quédate en casa). Hermano trabajador no te dejes engañar por la televisión y el maldito gobierno. ¡Revolución socialista. Todo el poder a la clase obrera!”. El mensaje revela una conjura, una conspiración neoliberal, en papeletas pegadas con goma en paraderos, postes y muros de ese rumbo. Otra versión de lo que vivimos, dicho seguramente, con auténtica sinceridad y quizá, mala puntería.

Es muy evidente que el asunto se discute en la palestra pública, incluso a nivel odiosamente repetitivo. Se presentan nuevas drogas de resultados inmediatos, se acude a la herbolaria prehispánica, se promueven soluciones inverosímiles con gotas nanomoleculares, se vuelve al recetario de familia; se escucha esperanzado sobre fármacos de moda; se espera la revelación en algún laboratorio cercano o distante. ¡La inyección esperada! El *name-dropping* de las nuevas y no probadas medicinas: remdesivir, favipravir, dexametasona, hidrocloroquina, el tratamiento de oxigenación tipo ECMO, y un largo etcétera. Se aproxima una nueva hechicería, con la fachada de ciencia. Pero la epidemia puede más que tanto medicamento y la gente sigue muriendo (parafraseando al poeta César Vallejo).

En el fuego cruzado de la confusión, las ganas de reventar los equilibrios, hay un contraste de conductas. Una experiencia como pocas. Algunos jóvenes adoptan una respuesta generacional. No salen, se ven a sí mismos, como los hikikomoris japoneses,

jóvenes depresivos que se encierran, se aíslan, en un impulso autodestructivo. Y cuando los jóvenes mexicanos salen a la calle, a regañadientes, visten una armadura antiviral, que los protege (y enorgullece): tapabocas con diseños pop, visera de acetato, guantes de polímero, “sanitizados”, garrafas de lysol, y una actitud de distanciamiento y rechazo a la cercanía de quien sea. No son como los muchachos japoneses. Los salva un narcisismo esencial. Hacen bien.



### **Pausa para ver el cometa Neowise**

Ver un cometa ha sido desde siempre considerado como un suceso casi mágico. Un cuerpo errante que se interna en zonas oscuras del sistema solar, con un decurso insondable. En la antigüedad se asociaba a los cometas con hecatombes, profecías o anuncios decisivos. Escrutar el cielo y sus cuerpos móviles ha sido casi una técnica de hechicería. El reciente cometa Neowise fue visto en multitud de partes del mundo. Me detengo en los boletines astronómicos, escritos con una especie de neoparla; en una jerga poco conocida pero con la melodía de lenguaje poético. “El cometa viene de la Constelación Auriga y su presencia será seguida por meteoros acuáridos y lluvia de Perseidas”. La NASA publica fotos del Neowise desde el horizonte de Cancún, sobre los puentes emblemáticos de San Francisco, los fiordos de Noruega y encima de los dolmen antiquísimos de Stonehenge. Por razones personales, prefiero esta foto del asteroide errante, encima de la plancha de piedra peninsular, la bienamada “Balsa de Piedra”, del jesuita J. J. Baegert. El cometa Neowise viaja sobre la California mexicana.

(Foto tomada de Román Mendoza, de Talk Baja).

## LOS MURMULLOS DEL COVID

Después de doce meses, un arco temporal de un año, hay un cultivo de la rumorología, una rumba de comentarios irritados, estoicos, escépticos, que se oyen en todas partes. Un soundtrack alterno para entender lo que sucede. Uso del humor para atenuar la embestida de la crisis o las tragedias personales. Escarnio o distanciamiento irónico como paliativos. Murmuración resentida, preguntas a nadie, mentiras piadosas. La cuarentena iba a ser por un mes, bien apuntado en la nerviosa agenda del recluso. La realidad económica nos alcanzó, de un manotazo se cancela el año entero. Los de quincena oficial están asegurados y capean el temporal. Hay medidas contradictorias desde las conferencias matutinas que se centran en las coloraciones del semáforo sanitario: si está en rojo, el naranja no está mal, y el evasivo color verde de las autorizaciones y la franca normalidad. Pero hay una discusión en sordina o desafiante, con un murmullo o en voz alta de lo que sucede. Un gran fondo de interrogación preside los días todavía de contención y relativa reclusión. En un murmullo rulfiano la gente se confiesa, comenta, en conversaciones, mensajes, en el mercado, el trabajo, en los porches de las casas. Lo que uno oye en la calle.

- “La infección viene del otro lado. Así como prohíben pasar a California, deberían impedirle a gringos y emigrados que vengan los fines de semana a desperdigar el puto virus”.
- “Parece mentira que la gente ande en la playa como si nada. No se dan cuenta que nos comprometen a todos”.
- “Cuál fin de semana, los emigrados aquí están de fijo: han comprado departamentos y casitas por todos los rumbos. Les resulta cómodo y barato vivir acá. No los ves en el súper y en el mercado sobreruedas, andan dondequiera”.

- “¿Dónde podría rellenar oxígeno hoy?”
- “Está kilométrica la fila, y todos con placas de California, parece que la hilera está parada. Esa es la contraseña de los que van al norte: una imagen de placas blancas”.
- “Y se vinieron las manifestaciones: se juntan ahí en el Cuauhtémoc, contra la violencia feminicida, exigiendo vacunas para médicos privados, ¡aquí y ahora!; por el matrimonio lésbico, entre iguales. Deberían promover el divorcio”.
- “Yo prefiero hacer mi vida normal, que pase lo que tenga que pasar”.
- “¿Y la equis en el piso? Ves, el mexicano nunca se acostumbrará a las filas. No tenemos entrenamiento, como en Cuba o lo que fue la Unión Soviética. Se te acercan, te respiran en la nuca, te hablan muy de cerca, con un aspersion de saliva, se enciman, revolotean como niños de primaria o barras futboleras”.
- “Y ve a la gente que trabaja en la calle, los músicos, los limpiavidrios, los haitianos que venden cosas, todos como si no pasara nada. Para ellos no hay día de epidemia”.
- “¿Algún nebulizador a la venta?”
- “Y en el este de la ciudad todo marcha normal. Eso dicen, y continúan las fiestas, los apretujamientos, bodas, quinceañeras. *The Shinola Syndrome*, así le dicen”.
- “Yo ya me habitué al encierro, lo encuentro agradable, puedo renunciar a ver a todos y quedarme aquí entre cuatro paredes, viendo al techo tirado en el sofá, oyendo mi colección de viniles. Como un hirikomori”.
- “Yo ya ni recuerdo como era la vida antes de marzo pasado. Perdí la noción existencial, del antes-después”.

- “Con el largo encierro, no se acentuaron los atributos bondadosos de la humanidad, al contrario; volverán con más fuerza a recuperar los días perdidos, con el cuchillo de la venganza entre los dientes”.
- “Como en las revoluciones, las tragedias y las crisis, hay un pelotón suicida que se lanza de tope contra el muro; en este caso, para lograr la inmunidad de rebaño”.
- “Para muchos la gran aventura del día es cruzar de la recámara a la sala del departamento: clásico viaje-alrededor-de-la-casa”.
- “Antes, uno evadía las conferencias tediosas o sin interés; se ponía tierra de por medio y santo remedio. Ahora, por zoom, webinar o en asambleítas digitales, en un aburrido asalto bucanero llegan hasta la sala de tu casa”.
- “Has notado que un mayor número de gente, sobre todo los milenials caminan mirando hacia el piso (más taciturnos que nunca). Una especie de revival Emo”..
- “Todo mundo tiene un magisterio, una especialización, un *expertise*, que había ocultado astutamente, un saber erudito que comparte con urgencia. No lo sabíamos, es una metástasis demográfica. Entre nosotros, habita una legión de conferencistas”.
- “La autoridad predica duramente: nada hasta que acabe el semáforo rojo. Pero en playas, multitudes, en el centro y Zona Río, vemos todo abarrotado, cafeterías, antros que se disfrazan de restaurantes”.
- “Celebremos a los responsables, a quienes se han apartado y toman medidas higiénicas o profilaxis, a la medida de su paranoia”.
- “Sigo encerrado en casa y solo salgo para lo indispensable”.

- “Mi vida social bajó a cero; se limita a ir a los funerales. Eso sí, llego con una armadura y me mantengo lejos de todos, tomando café y viendo con odio a los congregados”.
- “Me he acostumbrado a la soledad y a la reclusión, no extraño a nadie. Tengo el temperamento perfecto para ser un preso a cadena perpetua”
- “Los jóvenes se lanzan a la fiesta, sin ningún temor al contagio; los viejos revisan el calendario, para ubicar la fecha de la casi utópica vacuna”.
- “Quién iba a decir que los tapabocas serían un criterio de estatus. Los hay para todas las clases sociales. Los N95, los quirúrgicos, para el personal médico, pero lo traen juniors y políticos. Hay los folclóricos, con su tramita huichol (*wixárika*, me corrigen); hay otros con viseras de acetato. Cubrebocas con camuflaje militar, los de malla negra que se ajustan a la quijada y disimulan la papada. Hay con máscaras de luchadores, Blue Demon, el Mil, Mascarita Sagrada. La estetización de la última barrera, la minúscula Línea Maginot, la defensa final”.
- “Me quedo con la impresión que vivía entre desconocidos. La familia, ¿qué es la familia? Entraba y salía de la casa, como si fuese algo ajeno, a lo que no me acostumbraba: esposos, hijos, suegra, de repente todos se volvieron extraños, si no detestables, sí, desconocidos”.
- “Y en los días de guardar, a la multitud le encanta salir; los Días de las Madres acuden emocionados a contagiar a su progenitora, van a fiestas septembrinas. Viven su normalidad aquí y ahora; recorren la Avenida Revolución en escuadrones familiares respirando el aire infestado de virus”.
- “Circula un manual para interpretar las conferencias de la autoridad médica, afirman que es un vasto relato diversivo en

clave: gradual, amenazador, inexorable”.

- “Vivimos una atmósfera literaria: conspiraciones, infodemia, realidades alteradas o simultáneas; relatos paralelos, que se entreveran, llegan a un clímax argumentativo o simplemente se reciclan”.

- “¿Y qué nos queda? Se apuesta al sistema inmune, al rastreo de las morbilidades; por ahí ataca el pequeño asesino. Ser revolcado por fiebres, dolores hepáticos y andar sonámbulo, en el aire inclemente de las funerarias. Prevalecer. La voluntad de vivir, vaya que importa”.

- “Ya viene la vacuna, por mí, aceptaría la rusa o una de las chinas. Yo no me vacunaré, lo oyes. La vacuna Pfizer toma la delantera, era seguro”.

- “La epidemia regresa sin haberse ido. Le llaman rebrote. Se acelera el termómetro del contagio. Todos a sus trincheras”.

- “Yo, por eso he vuelto a las mentiras de siempre, me invento el trastorno de personalidades múltiples. Así tengo con quien platicar y me haga compañía”.

- “Entre los artistas cunde la nostalgia, la urgencia de volver a la normalidad cualesquiera que esta sea. A nadie le convienen estos días de simulacro, pantallitas encendidas y ficción impuesta”.

- “Me da rabia ver a esos irresponsables, confiados en su juventud, ir a las playas, jugar pelota, procurar fiestas, y de vuelta a sus casas, con sus viejos. ¡Ojalá se pudran esos pinches freaks asintomáticos!”.

- “Vivimos la fiesta de la hipocondría. Muchos juran tener calenturas, andan por ahí tosigosos, no perciben olores, con dolores de garganta. La pistola en la sien de una ruleta rusa. La palabra positivo impresa en los papeles oficiales de Certus, Laboratorio Clínic.

## CINETECA COVID. TRES VENTANAS

U no encuentra en las películas, ambientes conocidos, situaciones análogas a las que vivimos. En esta situación de encierro y de preocupación por el contagio, ayuda imaginar otras experiencias, así sean en la ficción de la pantalla. Hay gran cantidad de películas disponibles sobre la epidemia, que presentan ese mundo agitado, cruzado por la enfermedad y sometido a la cuarentena. La ficción cinematográfica nos ilustra sobre escenarios, personajes e historias verosímiles. Sensaciones y certezas: la amenaza de lo extraño, la dinámica del contagio, la respuesta médica de las autoridades, la devastación sanitaria, la tentación totalitaria del estado, con sus edictos, la seducción por el toque de queda y el despliegue policiaco. En la pantalla estas historias adquieren viveza y soluciones dramáticas diversas. La tragedia colectiva contada en distintos tonos y lenguajes. Otra corriente son los documentales de divulgación, otra epidemia. Entre muchas, hay tres películas que se aproximan y casi predicen los días que vivimos: la pionera mexicana *El año de la peste*, de Felipe Cazals, la surcoreana *Virus* y *Contagio*, del estadounidense Steven Sodebergh. Veamos.



*El año de la peste*. El cine mexicano prevalece por el cine de autor, así sortea crisis, mediocridades o estancamiento. Y el recuerdo cíclico de sus épocas de oro. En estas producciones filmicas se despliegan los temas, obsesiones y recursos técnicos que hacen de sus filmes obras artísticas, con su estilo como huella digital. Así es en Jaime Humberto Hermosillo, María Novaro, Gabriel Retes, Arturo Ripstein, Felipe Cazals, entre otros realizadores contemporáneos, se reúne una vasta obra de orgullo nacional. Me interesa la película de este último, *El año de la peste*, una adaptación del



famoso libro de Daniel Defoe, escrito a inicios del siglo XVIII, que es una extraordinaria bitácora de la epidemia que asoló Londres en 1664. Una obra realmente contemporánea, por la calidad del testimonio ensamblado, el reportaje, el seguimiento de notas, la investigación en fuentes primarias y la vasta crónica periodística (y literaria) lograda. La adaptación del libro corre a cargo de Gabriel García Márquez, quien a inicios de los años setenta, hacía trabajos de guionismo para el cine mexicano (recordemos *Tiempo de morir*, *Patsy*, *mi amor*, *En este pueblo no hay ladrones*, entre otras), con la compañía frecuente de Carlos Fuentes y Salvador Elizondo. En la película colaboran de manera eficaz José Agustín y Juan Arturo Brennan, con diálogos y acopio de información. El registro de la pandemia en el ámbito urbano es verosímil e impactante. La principista negación oficial. Héroes auténticos en la batalla por la salud pública. El uso descriptivo del anecdotario, la eficaz sintaxis de una historia que nos presenta la tragedia con mayúsculas. El deprimente uso de la tecnología disponible. Una versión muy libre del trabajo de Daniel Defoe, pero con una gran empatía con la realidad latinoamericana en una ciudad innominada, pero reconocible como la CDMX. Un gran fresco con multitud de personajes: el gremio de científicos, la prensa marrullera, el coro de jóvenes núbiles, el hombre de ciencia crucificado por dilemas éticos, la epidemia que socava la convivencia, envenena el espacio mediático e instaura un clima de paranoia y espanto. Entretanto, la ciudad continúa inabarcable, nocturna y extrañamente quieta.

- *El año de la peste*. Director. Felipe Cazals. Historia de Daniel Defoe. Guion: Gabriel García Márquez. Juan Arturo Brennan, José Agustín (diálogos). Protagonistas. Alejandro Parodi, Juan Carlos Ruiz, Rebeca Silva, Tito Junco. 1979. Disponible en youtube y en Filmin Latino.

La película *Virus* destaca por su solvencia narrativa y la traslación de escenarios. Una producción coreana en la que se aprecia el creciente manejo de recursos cinematográficos en ese país. Un ciclorama veloz de la pandemia en la ciudad asiática. Calles alucinadas en Bundag Gu, en las cercanías de Seúl City. Una enfermera es el personaje central, que se demora en su trabajo para salir en busca de la hija extraviada en un paisaje urbano de infectados por la epidemia. La rescata un joven y amistoso paramédico, quien desde primera fila es activo personaje y testigo. La tragedia prefigura sin asumirlo una lateral historia de amor (contingente, casi platónica, la temida *friendzone*). Un espectáculo desopilante, la babel urbana presa de la infección, con sus recintos, plazas públicas y mall shops, reventados por el vandalismo, la desesperación y la rabiosa gana de sobrevivir. El *walking dead* de contagiados. Un registro acelerado de la rutina hospitalaria bajo presión. Artefactos, trájín sanitario, quirófanos atestados, flujo de fluidos por repetidas cánulas, cristalería rota. Fiestas de boda interrumpidas por invitados escupiendo sangre. Velocidad narrativa en una historia simple con estética de videoclip. Un vasto happening de marionetas aterrorizadas. A tramos la película parece un estudio clínico sobre el pánico. Hay momentos de divulgación sanitaria, vistazos a la eficacia represiva de la policía coreana, y una mirada a la presencia de la prensa en las crisis sanitarias, sobrevolando la tragedia como aves de rapiña. El final es el inicio de una posible y tenue historia de amor. La película vista en perspectiva: muerte y estrago animados por una imparable música persecutoria.

- *Virus* (Gamgi). Production: Kim Sung Jin. Protagonistas: Jang Hyuk, Soo Ae, 2013. Disponible en Netflix)



**Contagio.** La película de Steven Sodebergh parece el guion del calendario 2020. Una detallada profecía de la epidemia que habitamos. El diario del Covid 19 contado en el oído. Traza el trayecto de la infección mundial con un solvente manejo de información y escenas. Desde el contagio del paciente cero hasta la dispersión del virus en ciudades populosas. Seguido por la reacción lenta y burocrática de las instancias de poder público. El papel de la OMS e investigadores sanitarios, entre ellos un sabio eminente que descifra el código del nuevo virus. Un bloguero provocador que usa la información a su antojo. La temprana muerte de las heroínas tiene un efecto desmovilizador. Personajes modestos, creíbles, cuyo mayor mérito es tratar de eludir el zarpazo de la muerte.

La visión global posee multitud de escenarios creíbles. La prédica política se ve contaminada por la razón mediática. Hay intentos de sabotaje, asaltos a supermercados, el catecismo público de los días covidosos de hoy (lavado de manos, cubrebocas, una salva de información médica y la sana distancia). El historial de contactos personales como vectores de contagio. Faltaron los ultras desaforados que lo niegan todo y repudian el uso de mascarillas. Entre sus grandes aciertos está poner en primer lugar a los trabajadores de la salud en su batalla en los pasajes hospitalarios y a los investigadores virales. Hay buena fe, talento para la crónica y precisión en el forjamiento de caracteres. La globalización ayuda a entender la rápida dispersión de la epidemia y su lógica de exterminio. El Efecto Mariposa, casi una fábula, aquí se vuelve una explicación razonable: un estibador estornuda en el puerto de Hong Kong y cae la Bolsa de Valores en Manhattan; una pareja brinda en Wuhan y una oleada de infectados desborda los hospitales de Los Ángeles. Los aeropuertos se vuelven la ruta fast track de la epidemia.

Imágenes como vistas en una bola de cristal. Entierros colectivos

y anónimos. Asaltos a farmacias y pánico en supermercados. Rumorología sobre medicamentos milagrosos, proscritos por el Big Pharma. Cuestionamientos válidos o interesados contra las autoridades sanitarias mundiales, por lentitud, ocultamiento y agendas autoritarias. El moridero en el área urbana. La estadística de la muerte. La repetida imagen de los hospitales a tope. La caída de los personajes emblemáticos en medio de fiebres, toses y pústulas. La cacería contra reloj del “paciente cero”. La logística paramilitar con que se enfrenta el Outbreak. La lograda soledad urbana en el tiempo culminante de la cuarentena. La ingenua noción de la seguridad nacional contra los argumentos de la ciencia.

La película consigue un objetivo no previsto: ser una historia del futuro. Casi un espejo de la marcha del Covid-19, que ensombreció los días y las noches del vituperado 2020.

- *Contagion*. Director: Steven Sodebergh. Protagonistas. Gwyneth Paltrow, Matt Damon, Laurence Fishburne, Jude Law, Kate Winslet, Marion Cotillard. 2012. Disponible en Prime Video).



En pocas palabras, ¿qué nos llama la atención de la realidad invocada en estos filmes?: el destino individual ante lo desconocido. La soledad de cada uno en el momento de la muerte. La salud pública como un eterno *work in progress*. Las respuestas defensivas instintivas: el miedo, la confusión, la huida. La tragedia como un teatro con una multitud de actores. El relato simultáneo de tantas historias trágicas. La especulación, el gandallismo, el mercado negro. Las ciudades como vastos recintos carcelarios. Las respuestas peligrosas del autoritarismo de Estado. La tenacidad didáctica de la ciencia. La cinemática voluntad de sobrevivencia.

## BREVE CRÓNICA DE LOS DÍAS

Conversación en el taxi. El joven de mangas cortas y brazos tatuados es platicador y procura ser agradable, mientras conduce, por las idas y venidas de mi fraccionamiento, en su carro Uber. Uno lo escucha a ratos. ¿Y usted es de aquí? Viene la primera pregunta misil. -Sí, de Tijuana. -Yo acabo de llegar de Guadalajara. Veo los brazos tatuados, con un dibujo arborescente; más bien me parece un recién deportado o un hipster local. Igual, puede ser lo que dice, un paisano de Jalisco. Y suelta la retahíla: “esto del Covid es mentira, es cosa del gobierno para tenernos encerrados, subir los impuestos y poder controlarnos”. La argumentación no convence, pero es verídica la confusión desafiante, la gana libertaria de desmarcarse, la necesidad de una verdad personal. Me quedo pensando en los ejes del discurso conspiratorio: una fuerza mayor y sin rostro decide someternos; el control del Estado orbita sobre nuestras vidas, la tecnología informática al servicio de lo infame, vigilancia y prohibiciones en tándem; la fuerza del Uno, en la filosofía americana de la disidencia; rechazo a la manipulación aunque el motivo sea válido: nuestra salud. Pequeña tormenta de ideas en el interior claustrofóbico del taxi, por los cerros de Tijuana. Hemos llegado. Concluye el diálogo en automático, como forma taimada de ganar tiempo. ¡Adiós, amigo!



Nada se naturalizó tanto como la muerte. Tijuana tiene el máximo índice de decesos por violencia. Un raro honor que nadie quiere disputar. Son los saldos del comercio felón de narcóticos en las colonias, la presencia de los traficantes que imponen sus intereses, su convivencia, sus días de balacera. Y por la impunidad como corona de espinas en la cabeza de la sociedad. Larga historia pero nadie se acostumbra a la violencia. Es el marco de fondo, la

música ambiental de mucho tiempo. De la muerte en las calles ya se sabe, hay una tónica, un libreto que seguir entre nosotros, una convicción de cómo son las cosas. La epidemia del Covid suma un relato nuevo. Parientes que desaparecen tras una semana de fiebre y amanecen como noticias funerales. Ya internados no se les puede ver, ni acompañar en los hospitales, en su angustiada cuenta regresiva. El miedo al contagio es el mejor repelente. Padres, suegros, tíos, abuelos, el Covid se ceba con los mayores. Y con aquellos afectados por morbilidades, con una zona de debilidad en su sistema inmune, por ahí entra el caballo de Troya y sus minúsculos mirmidones caníbales. Y en la muerte confirmada, las redes sociales hacen su devocional, su novenario sin rezos, su ronda de testimonios que sorprende muchas veces; que retratan al ido con más certeza que nunca, con mayor nitidez que en su vida misma. Fulano fue rotario. Ejerció la filantropía selectiva, le salieron hijos no previstos. Un sindicalista recuerda haberlo visto en una asamblea decisiva, alguien fue su alumno, otro lo evoca en una conferencia universitaria. Los recuerdos familiares son precisos, numerosos, otras veces, ambiguos. Padre en el jardín, en el diciembre alcohólico de los festejos, rodeado de nietos. Madre en Lake Tahoe, sonriente, jugando con unos huskies. Padre en la fiesta de aniversario de boda, otra vez risueño, quizá en el momento mismo, eléctrico, del contagio. La tía mayor, recientemente fallecida, adquiere otro relieve, distinta fisonomía. Le gustaban los cd mix de los setenta, la ropa de marca, coleccionar postales; se vuelve a su álbum de fotografías, se le ve pensativa, con una risa expansiva frente a una máquina de escribir. Fue voluntaria ecologista, enfermera titulada, amante de mascotas. El peso categórico de una selfie trae al muerto de regreso, con su traje ideal, la gestualidad intacta y más cordial que nunca. Todo responso funerario lleva el peso de una invocación votiva, un recuerdo que se comparte. Otra cosa es, claro está, la parte

siniestra, la mezquindad, la nauseabunda codicia, los incidentes misóginos. Esos detalles, verdades parciales, no son invitados a la mesa de la memoria compartida.



No se piensa mucho en las enfermedades comunes, que continúan, se mantienen, impertinentes, mortales. Diabetes, hipertensiones, el redoble de cánceres despiadados, recaídas anémicas, padecimientos renales, *you name it*. Eso obliga a los servicios de salud, públicos y privados, a doble trabajo y vigilancia. Acompañé a un pariente al hospital Del Prado, todo es repentino, como el descenso mismo a otra realidad. Una de las noches llegamos al hospital y nos impiden el paso. Por la entrada sur que da a un patiecito habilitado de estacionamiento, salen tres ataúdes rodantes, tres carrozas negras: silencio apretado y denso. Caras funerales, ambiente ominoso, casi sólido. Esperamos nerviosos el momento de nuestra entrada, a internar al pariente como un fardo trémulo. Puede entrar uno de nosotros, solo uno, el familiar más cercano. Adentro, revistas en la mesa adosada con espejo, un sillón anacrónico, un actuado ambientito de sala de espera. Llamadas telegráficas, comportamientos lacónicos, una gestualidad congelada como de teatro kabuki. Voy al cuarto de la tía y en el acceso, un enfermero nos empuja hacia el pasillo. Se acerca un carrito enjaezado como una burbuja, un toldo de plástico transparente que lo recubre totalmente, con un pequeño domo. Ahí, una persona viene con mascarilla que le esconde el rostro, el cuerpo derrengado, solo se aprecia su mirada desorbitada, del que no sabe a dónde va, ni cuál es su cadalso o su hora señalada. La mirada de terror a la muerte.



Muerte en el estacionamiento. Primero, vi la noticia en la sección diaria dedicada a la epidemia. La tupida red de malas noticias nos impide a veces descubrir las actitudes positivas. Como sea, admiremos a los nuevos héroes: una enfermera del Hospital General para no poner en riesgo a su familia decidió parquear su camper en el estacionamiento y la usaba como vivienda alterna, para descanso en sus pocos tiempos libres. Para no ir a casa, y así alejar el peligro de contagio de sus hijos y esposo. La instalación deportiva del ayuntamiento, el CREA, casi al lado, dejó usar sus baños y espacios para cambio de ropa y descanso de la legión de enfermeros y médicos en servicio. A todos nos pareció bien. El estacionamiento tenía un aspecto lúgubre. Empezaron a morir pacientes en la soledad de sus autos, consumidos en fiebre, con vómitos y espasmos, esperando una atención médica que no llegó. Al momento van más de siete muertos en el estacionamiento de ese hospital. Y la secuencia es parecida. Llegan a la puerta buscando una cita médica. Son regresados por un abusivo papeleo, casi infranqueable. Insisten. Logran estacionar su carro adentro. Se guarecen en el auto, del calor atemporal del medio año, de las ventoleras calientes de agosto y septiembre y de las lluvias heladas en tiempos invernales. Esperan atención médica. Los visita algún pariente -que les lleva provisiones, medicamentos y les habla de lejecitos-, entran en un sopor que no saben reconocer: la muerte se aproxima de muchas maneras, con altísimas fiebres, infartos, necrosis pulmonares, por la suspensión generalizada que conlleva la neumonía atípica. ¿Qué dijeron, en qué pensaron, cómo fueron los últimos momentos de ahogo, desesperación, de silencio estragado y átono? No lo sabemos. Nadie estuvo ahí para contarnos.



En funcionarios sanitarios y de reglamentos cunde la vieja fiebre de la extorsión. “Ahora: si no pagas te cierro”. En un audio que circula en redes, una funcionaria del Coepris dice oficiosamente: “Si no hay pago, no te podemos asegurar nada. Es una especie de protección”. El derecho de piso con otra voz y en la misma carta. Con pagos de distinta magnitud, los antros pueden fingir ser fondas; los *table dances*, restaurantes de menú variado. Se extiende el semáforo rojo y la apertura está tarifada. Las enormes plantas de maquiladoras también se atienen a esta lógica. Hay presiones del consulado y de políticos sureños de Estados Unidos para que las fábricas funcionen. No abren espacios educativos, centros culturales ni bibliotecas, pero sí, gimnasios, cines, casinos y antros de la Zona Norte.



De regreso, de vuelta a casa, después de una reunión de trabajo editorial, donde revisamos fotos, páginas, tipografías, portadas, diseñitos agraciados o fallidos, errores que hay que enmendar. El regreso ya tarde como un túnel por la autovía. Poca gente. Al llegar por mi rumbo, la vuelta a la Calzada de las Ferias, hay una patrulla que bloquea el paso. No me sorprende, la policía hace lo que quiere, son los primeros en los arrancones, en dar vuelta en U, en amagos pendercarios en cualquier esquina. Doy un rodeo en arco y paso por un lado, de una Ford 150 acribillada. Un auto tiroteado es el happening radical, un performance total. Antes, vimos una ambulancia con las torretas encendidas y sin sirena. Issa me dice: “cuando las ambulancias vienen en silencio es que traen a una persona muerta”. El silencio de la furgoneta es un anuncio de derrota. La Calzada de las Ferias, a pesar de su nombre primaveral, ha sido durante años un pasaje de ejecuciones y *drive by shootings* (aunque le ha bajado últimamente). Ahora, la zona se calentó por el rumbo de Tecate, por la salida rumbo al sur, ahí

los carteles de la droga pelean territorios de cruce y expansión, con sus sanguinarias batacas de sicarios. Vamos despacio y se ve con detalle el carro, todavía con el motor encendido y una puerta abierta. Alcanzamos a ver una pierna exánime del posible cadáver. Un policía obeso hace guardia, y anota datos imprecisables. Avanzamos por la calzada. A cada cuadra hay una patrulla estacionada, con los estrobos encendidos, esperan órdenes, señas, que sé yo, en la inmovilidad, el carraspeo estático de sus mensajes cifrados. El lenguaje de la impunidad y la ineficacia. Recordemos al muerto anónimo y su rostro sin facciones, como una cifra más, como un mensaje mal escrito de la nota roja del día de mañana. —“Por lo menos, el acribillado no morirá de Covid”, me dice Issa.



El ángel de lo viral. Hay un ambiente singular, una vibración reconocible en la atmósfera. El cambio de rutina trae aparejado otro lenguaje, otro arsenal doméstico. Hay ciertamente otra jerga reconocible en nuestros diálogos. Se abre también una brecha habitada por el fatalismo, la convicción que el segundo año será peor. La jerga nos ayuda para reconocer sensaciones y escenas deplorables: aerolizar, oxímetro, viseras, cubrebocas, tiempo de confinamiento. Lo antes impensable. El trayecto de la sintomatología es otra área, un territorio amplio, como un litoral, un continente, un archipiélago de sensaciones presentidas. Nuestros reflejos se tornan otros. Hay un campo abierto para otra clase de hipocondría, la docena de síntomas conocidos. La tos seca, la reconocible fiebre arriba de los 37 grados, la carencia de olfato, la falta de respiración, la temida oscilación a la baja del oxígeno en la sangre. Llama mucho la atención en los destinados al cadalso de la nueva enfermedad, el asunto de la oxigenación. Y ahí están con sus medidores. Arriba de 95, rozando con 100 por ciento. Quién lo diría, el conocido oxígeno, con otro protagonismo; aquí lo vemos, providencial, alquímico, astringente, depurado en su consistencia,

lustroso en su nuevo uso medicinal. Sustancia derivada, o siempre presente, ahora lo buscamos como un milagro al alcance de la mano. Azulado, limpiísimo, fluorescente, líquido en el aire, medicinal, en una combustión irreal: así lo imaginamos. Y menudean en las redes sociales las anécdotas de aquellos que buscan el tanque de oxígeno y la cauda usurera de requisitos que los arrincona (contratos, pagarés, renta, fianzas, llenado). En esa sintomatología como un abominable manual de instrucciones, emerge la pérdida de olor. Eso implica una desconexión, una cualidad orgánica y un cordón aislante, se desconocen las fragancias, los aromas de la naturaleza. Nuevo lenguaje, otro catálogo de sensaciones. Y reina entre todo, la posibilidad de contagio. Lo viral se vuelve entonces una conexión malsana con lo innombrable, con la partícula del odio, como diría el poeta, que acecha suspendida en el aire.



La psicosis del encierro provoca hostilidad o inciertas depresiones. No lo sé. Iba por la Vía Rápida lateral rumbo al norte, a las oficinas cercanas a la Canaco. Paso al lado de los jardines bien cortados donde suelen tomarse fotos las parejas pobres, recién casadas; avanzo a buena velocidad al lado del edificio cuadrado, perfectamente ominoso del Hospital General, con su silueta sovietoide; paso por el CREA, a donde alguna vez fui inútilmente a correr, avanzo por los centros de gobierno, blancos, perfectamente olvidables. Al lado izquierdo, una fila enorme a carro parado. “No dejan cruzar la frontera a mexicanos”, el anuncio habitual. Veo en los autos, un muestrario interminable de placas blancas de California, en un larguísimo punto de fuga.



Durante varias semanas solía dormir oyendo la frecuencia radial de la PBS encendida. Programación insistente y austera, 24/7. Y

todo trata sobre la *pandemic crisis*. Mucha preocupación por los marginales, por los damnificados de frontera, por los jornaleros dejados a su suerte, en los surcos de la California agrícola. La tragedia se afila en el cruce mismo de la frontera. Aire crispado en los reportes y declaraciones. Entrevistas radiales enfebrecidas, alertas, predicadores al lado de la trinchera. Los locutores afectados, sombríos, con lo que Neruda llamaba: «condescendencia kiplinguiana», con algo de sentimiento de culpa y una dosis de lo políticamente correcto.



Un preso modelo. Nunca he ocultado un miedo infantil a la vida carcelaria. Repaso las escenas que he temido toda una vida. Y paradoja, en el tiempo severo de la cuarentena, me doy cuenta que podría ser un preso modelo, premiado por alcaides y liberado pronto por buena conducta. Uniforme limpio y doblado en la repisa. Un cartelito con la foto de Louise Brooks pegado al muro. Comidas a la hora prescrita rodeado por patanes que cucharean una sopa fría; despertar al amanecer con la mente en blanco, ejercicios sobre una estera, actitud zen para tolerar injurias, lectura de revistas prestadas o algún tomito de *pulp fiction*; gesto agradecido por el tenue rayo de sol que entra por los barrotes. Austeridad franciscana y repetido cilicio en la espalda. Gritería imprecisable ahí afuera; abluciones y serenidad en mi camastro de cemento, mirando el techo.



La amenaza de la enfermedad te hace consciente de tu cuerpo. Evades la hipocondría con un cabeceo boxístico. Sientes palpitar las sienas, un cosquilleo en la pierna, un piquete lateral en el torso (¡que no sea la vesícula!), cierto mareo, los calcetines ajustados, el

flujo del aire en tus pulmones. El Vick Vaporub ensancha cauces aromáticos a tu respiración. El dolor en un brazo por el ejercicio puede ser un síntoma de salud. Un calambre pasajero en el muslo, otro aviso. El sistema arterial te envía mensajes saludables, después de la caminata (hostigado por perros). Eres consciente de ello. Tomas por asalto un reino poco conocido antes: tu propio cuerpo.



Ir al parque como una nueva costumbre. Aquí, al lado, en el esquinero de edificios, un parque pequeño, verdemente lustroso. Sabía de él, por su cercanía y por el día de elecciones, cuando acudo a marcar una papeleta patética. Palmeras, ardillas veloces, agresivos perritos chinos, de tamaño llavero (uno se llama Aquiles; otro más agresivo, Leo). Parque Residencial Agua Caliente (Montecarlo esquina con Montebello). Para siempre la referencia agua caliente en esta ciudad; esa toponimia que nos persigue hace siglo y medio. Un letrero oficial en la entrada: Reglamento de Parques Públicos (con mayúsculas reverentes). Se prohíben mascotas defecando; niños con bicicletas, instalar equipo de luces y sonido, hacer fiestas vecinales sin permiso sellado en la mano. Veo una advertencia que perturba: “se prohíbe deambular por el parque en altas horas de la noche” (imagino un golem, camposantos iluminados por una luna de licantropía, autómatas adolescentes, nosferatus, chicos emos que detestan volver a casa). Pronto llega un aviso de camaradería, ansiedad por la normalidad esperada: un grupo de vecinos organiza sesiones de tai chi, para los fines de semana. ¡Allá nos vemos, don Lucio!



Me dieron la voz de alerta y voy en busca de la poesía completa de Cristina Peri Rossi. Quien me lo dijo, mintió. Desaliento. Entro

y salgo de la Librería El Día, abierta en la ahora solitaria Zona Río, como un territorio autónomo, insurgente; una librería libre se erige ahí, puertas abiertas, insular, visible, como una bandera blanca enterrada en una playa enemiga.



Avanzo en un ensayito sobre los mexicanos que viven en Estados Unidos. Me topo con una frase feliz que apunto en mi libreta; soy de aquellos que guardan citas citables como trofeos verbales. “Las noches de Mexamérica son iluminadas por ideogramas de neón.”, de Juan Villoro. Va rauda al Moleskine Archive.



Movido por el deber ser, acudo a caminar al parque vecinal. Todo fresco, correcto y nocturno. Un verdor apagado. Un sujeto hurga en el bote de basura. Su perro mueve la cola y festeja los movimientos del dueño. Otro día, jueves muy de noche, horas antes que pasen los empleados municipales de limpia, un hombre vacía la basura de un tambo, por el rumbo de Agua Caliente. Yo regreso a casa. Dos chicos, niño y niña, lo observan expectantes muy de cerca.



De las decisiones funerarias, otro dilema. Ser cremado o enterrado en la fosa adquirida a plazos, con ceremonia tradicional, párroco, sepulturero y deudos enlutados. Y una confortadora letanía bíblica. Me desalienta cuando voy de visita a casa de amistades, que coloquen distraídamente platos de foam o latas sobre las urnas con las cenizas de parientes fallecidos. Eso tambalea mi preferencia por la cremación.



En mi departamento de soltero ha nacido un cocinero. A Cook is Born. Mezclo, adrezo, marino, combino ingredientes, uso la NutriBullet, soy diestro en el tasajeo de verduras, simpatizo con los veganos (sin entregarme por completo a ese culto), encuentro fórmulas secretas, vuelvo a adicciones que creía perdidas. Aseguro un plato de comida sobre la mesa.



En las redes sociales vemos el curso de lo políticamente correcto. Medio mundo entra en conversión repentina. Le dan fuerte a su valeroso activismo de teclado. De las identidades sexuales en pasarela a la seducción transgener. De los viejos travestis en sus carnalitos (diría el gran Abigael Bohórquez) a la ferocidad religiosa de los anatemas. Timelines que son imprecaciones, monólogos desoídos o un diario aspiracional. Se levantan aprisa pequeños tribunales. La bondad está de moda. Ser tiernos y gentiles, generosos a morir, fraternos como nunca; la virtud nos toca a la puerta. Muchos tienen sentimiento de culpa, se deconstruyen; participan en sesiones gratuitas de psicoanálisis casero, empuñan el fuste del cilicio, mientras se toman oportunas selfies. Quizá los conmueva la noticia de tantos muertos conocidos.



Sueño cyborg. Primero, creo ver la escena de mi propia autopsia. Poco a poco me reconozco, bocarrriba en un camastro de cemento. Como en un relato de Philip K. Dick o de Asimov, veo que me instalan un armazón cyborg en el cuerpo, un blindaje antivírus, un olfato calibrado que detecta el contagio y lo elimina, un oxímetro

debidamente integrado; una placa de metal recubre mis brazos con fluidez ergonómica, con brillo azulado de titanio. Junturas de velcro y de vinilo, herrajes numéricos de una serie de producción (con fecha de caducidad o de retiro), en un hombro. En el sueño, las imágenes son lentas, inconexas aunque vívidas; fragmentadas, como de teatro del absurdo. No hay linealidad en los sucesos pero sí una inquietante verosimilitud. Las máquinas no se contagian, ni el virus revienta sus pulmones, con sus huestes milimétricas que conspiran de inmediato por la neumonía atípica y el colapso orgánico. El raro alivio y la certeza desaparecen; mi inmunidad no dura mucho. Amanece y el desencanto es gradual, luego de golpe: despierto. Soy de nuevo vulnerable, blando y sombrío. Humano, demasiado humano.



Internet surfing. Me gusta revisar los registros del youtube y de páginas digitales. Veo películas viejas, entrevistas, monólogos perdidos. Unos meses me dio por el western (ah, las diligencias errantes, las cargas de caballería, el repetido tiroteo en el OK Corral, el caminar escoriado del Duke). La serie completa de Death Wish me atrajo con su tiroteo rutinario, sobre todo en el Metro; un homenaje a Charles Bronson, con claves para entender el Vigilantismo yanqui. Otras veces fui a lo mórbido: vedettes bañadas en sangre, la nocturna casa de los mil gatos, los gestos desquiciados de Alucarda. Homenajes a literatos muertos. Reconstrucciones de la batalla de Stalingrado, la biografía del coronel Kalashnikov y la de Trotsky, antes del Cronstad y de Prinkipo Island. El cine de registro obrero de Elio Petri y de los Hermanos Taviani. El cine de zombies se perfecciona e incorpora el sentido del humor. Reparición vampírica, que goza de cabal salud (una escena en la casona de Carfax se repite

sospechosamente, con su ociosa rumba de nosferatus). Un revival ajedrecista, partidas célebres, aperturas de Capablanca, genialidad sobre los escaques blanquinegros (lo agradezco como alumno del profesor Isaac Emilio Belinco). Admiradores sacan de su tumba al histriónico Orson Welles (me gusta mucho su última esposa). Animación, otro juguete fantástico de Guillermo del Toro. Persisto en el youtube. Repasos tangueros, Piazzolla, Goyeneche, Susana Rinaldi. Vuelvo a lo de siempre, a la cacería de momentos retro.



En busca de la Gripe española de 1918. Veo fotos sepias de enfermeras embozadas, al cruzar la línea. Me interesa saber cómo se vivió la Gripe española de 1918, en Tijuana, que barrió con cincuenta millones de personas en el mundo. No hay hemerotecas públicas confiables, ni expedientes disponibles. Leo crónicas de cómo se vivió en la Ciudad de México, que describen una mortandad alucinante (véase Héctor de Mauleón *et al.*). Encuentro imágenes elocuentes de cómo fue el cerco sanitario en San Diego: las medidas tomadas y la irrupción de ese virus matancero aquí tras la frontera. Nada de Tijuana. En esos años funciona el Hospital Militar y Civil en la calle Constitución, justo enfrente de la Fábrica de Aviones, al lado donde estuvieron las bartolinas de la Ocho. En la frontera de Mexicali/Calexico, las autoridades del Distrito Norte expulsaron años antes a tres prostitutas por causas sanitarias (tenían bellos nombres de saloon de far west: Mary Jane, Belle Orquid, algo así). La *Memoria administrativa* del general Rodríguez no registra nada. Las crónicas de la época son tarjetas inmobiliarias o folletos turisteros, como el mentado libro de Aurelio de Vivanco.

PD. Breaking news: un último dato, leído en la cuenta Facebook de

mi amigo Benigno Aispuro: durante la gripe española se vacunaba a la población en las caballerizas del Hipódromo de Tijuana.



Un momento celebrado en la epidemia fue la reaparición de los animales en sitios urbanos. El regreso de la naturaleza por sus territorios perdidos. Cabras ferales en las calles de Palermo. Iguanas en poblados caribes, una manada de orixs a las puertas de Roma. Armadillos que retozan felices en una playa del Pacífico. Peces en las aguas pútridas de los canales de Venecia. Un puma es avistado en las calles de Santiago de Chile. Borregos cimarrones cruzan la cinta asfáltica de la Rumorosa y se quedan estáticos para la foto inolvidable; burros salvajes en los caminos vecinales del sur de Ensenada. Un venado de cornamenta majestuosa se inmoviliza en el atrio de una iglesia gótica europea.



Reuniones familiares donde los abuelos están al frente, sonrientes, vulnerables, las víctimas perfectas (que van caer infectadas esta misma tarde). Ensaladas, salsas, guisos, un asado, garrafas de sangría, limonada, vinitos locales, todos a la mesa, integran un cuadro de bucolismo familiar a la Norman Rockwell. Las conversaciones de siempre, agravios familiares, terrenos en disputa, pleitos de nueras y cuñados, el nieto drogadicto en rehabilitación, pendientes hipotecarios, mensajes cifrados, proyectos que nunca se realizarán. Algarabía de niños que corretean en la estancia. Una estúpida musiquita de kermesse que preludia la tragedia. El nieto favorito llegado de una fiesta toca la puerta, con el aura radiactiva del infectado.

## EL DÍA DE LA VACUNA

El Día de la Vacuna pudimos ver una movilización ciudadana como no recuerdo otra en la ciudad. Asistimos a la fecha señalada. El sábado 27 de marzo, después de un año del comienzo fáctico de la epidemia en la frontera. La vacuna era esperada con ansiedad, fijeza, casi con exasperación. Esa espera se había alargado en exceso. No se verbaliza o sí de manera directa, en las redes sociales, ágora social de casi todos. En una primera entrega, cuarenta y cuatro mil dosis, llegaron al estado, repartidas en Pfizer y Sinovac. En la siguiente semana llegarían otras 100 mil. La vacuna venía etiquetada, exclusiva para adultos mayores. En otras ciudades la organización había funcionado sin contratiempos, incluso con la complacencia de los atendidos y periferia familiar. En Rosarito, hubo un alto índice de desafectos, de viejos que no quisieron inyectarse. Hay mucho jubilado ahí: nuestra violenta pequeña Florida. Era resultado de la desinformación y cierta guerra sucia contra las vacunas. Los activistas antivacunas endurecen su lenguaje freak y tercos, obstinados, disfrutaban su perorata. Incertidumbre. En Tijuana cualquier cosa puede salir mal, todo es posible; el hoyo negro donde fracasan los planes. Nadie sabe con exactitud lo que vendría. Las autoridades de salud dieron información justo un día antes. Filtraciones de prensa, memes volanderos y finalmente un anuncio oficial con lugares de vacunación y recomendaciones lacónicas. El día sábado llega al fin. Una noche antes, desesperados o previsores, muchos llegan a hacer fila en lugar de sus viejos. En la fila vemos el ritual sabido, cierta disciplina natural, tensión y expectativa, cero pleitos. Fatiga por los meses vividos de contención. El flujo de la hilera avanza como lava en tierra. Adultos mayores de 60 años, ahí, disciplinados, alegres, unos; escépticos o confiados, otros. En los requerimientos se

insiste que sean de sesenta años para arriba. Los de menor edad, ni se presenten.

La experiencia agridulce de hacer fila. Avances, pausas, cotilleo, zarandeo de las condiciones del clima (demasiado sol) o vientos polvorientos, en los suburbios; brisa marina como un fresco regalo, por allá en la Plaza Toreo Monumental; personas jóvenes que cuidan el lugar del pariente mayor que va a llegar en cualquier momento. Hay logística, alternativas, opciones B. Indicaciones simples del personal; uniformados médicos, revoloteo de chalecos gubernamentales. (No veo Servidores de la nación).

Acuden de todas partes; como un hormiguero, llegan en autos propios, en taxis, hicieron fila en camionetas familiares; los parientes hacen acto de presencia solidaria, como acompañantes, supervisores o ayudantes cercanos.

En esta vasta movilización ciudadana, más de cien mil personas, asisten motivados por el reflejo pavloviano de la sobrevivencia. La vacuna que aparecía como un signo imprecisable, raro, casi fantástico, emergía al alcance de la mano, con fecha, lugar y hora.

Una operación sanitaria organizada como si fuera un dispositivo militar, con brigadas médicas y refuerzos logísticos. Los resultados superan lo esperado. La organización integra una convergencia de empleados y voluntarios de muchas partes. Personal servicial y dedicado: enfermeras, soldados, paramédicos, maestros y voluntarios. Tipos tatuados, untuosamente religiosos, parados en la entrada; los rehabilitados de Alcance Victoria, manejaban solícitos las sillas de ruedas, para ancianos impedidos. Con aplomo, se dieron tiempo para bendecir a quien se les pusiera enfrente.

El ayuntamiento intervino a media tarde con una novatada, enviando un boletín con una vistosa contraorden: “No se formen. Ya acabó. No hay vacunas”. “Regresen a casa”. Los mensajes

categoricos son desmentidos por los voceros estatales con escasa cortesía.

El día tuvo el peso simbólico de una efeméride; una fecha de potencia mítica y recordable: Fechas patrias, Stalingrado, Viacrucis, la Gran Marcha, Superbowl, Y2K. Para el escritor español Agustín Fernández Mallo, el día de la vacuna, es un “momento estelar”.

Se ve a la ciudad agitada por columnas de autos que van a sitios contrapuestos, gente por las aceras con mirada expectante. Una manifestación de médicos privados exige vacunas, para su gremio. Una reunión legítima pero casi testimonial; se congrega en la glorieta del Cuauhtémoc, donde van todas las marchas de protesta o celebración futbolera (o boxística). Los drones revolotean en lo alto como aves de rapiña y registran el trayecto casi estático de autos, las largas filas, las simétricas hileras de vacunación y la convergencia variopinta de tantos. Sitios elegidos y a la hora señalada. Desde el aire pareciera existir un orden coherente, como de maqueta o de rompecabezas terminado. No es el caso.

La ciudad vivió momentos de energía, de rebote de información contradictoria, de insólita solidaridad. De un río de subjetividades fluyendo en busca de su santo grial, en este caso, la vacuna.

En los recintos de vacunación, los adultos mayores fueron atendidos, bien cuidados. Auxiliados por el personal, en el llenado de formularios; con el apoyo de grupos de enfermeras con el escudo del IMSS, algún Servidor de la nación, todos prestos y amables. Fluido y rápido el acceso a la escena de la vacuna. Inyección al hombro, en el brazo de menor uso. (Imagino cierto desconcierto en los zurdos). El pinchazo casi imperceptible. Un lapso para recuperarse o escrutar secuelas. Pasado, esto, *la experiencia*, algunos salen con una sonrisa, otros con el brazo en alto, con una actitud de triunfo deportivo. Traen la media hoja en la mano, como trofeo que los acredita como vacunados. Se

les nota alegría, un gesto de alivio en los rostros, la sensación de que existe una tabla de salvación, una defensa orgánica, la última trinchera de resistencia, la llegada de un aliado pendenciero del sistema inmune de cada uno de nosotros.

Las redes sociales se activan con la adrenalina de la chismografía. Y relatan a su modo lo que sucede. Agolpamiento en la entrada del estadio Chevron, se extiende la fila kilométrica de la UABC, que llega hasta el costado del Parque de la Amistad; hay una gran hilera de autos que cierra la entrada a Playas de Tijuana, y que después avanza muy rápido. Mucha gente apareció como salida de la nada, de repente en las laderas donde se ubica la escuela pública Ramón López Velarde, en El Tecolote. Llegan decididos, animados, enérgicos por la mística de la curación y el vislumbre de darle vuelta a la página, después de meses, casi un año de espera fatigosa, descreimiento y aguante a puerta cerrada. Para llegar al sitio de vacunación, se recorre la ciudad irregular, asimétrica, con accesos imprevistos, *shorcuts* que te llevan a la Meca de la inyección programada.

¿Cómo podemos ver ese sábado? Un día de entrenamiento para la acción civil (*A training day*). Una infrecuente vivencia colectiva, una muestra de disciplina masiva en una ciudad felizmente entregada al caos. El encuentro de una multitud de adultos mayores con la anhelada última defensa. Parte de una acción tentacular que se verifica en todo el país, vivida como una fiesta cool, como un paseo campestre, donde todos estuvimos contentos, satisfechos. No sabemos parte de una gran historia. Hay tiempo para el reconocimiento entre los congregados, para el chacoteo, el saludo con la mano en alto. Menudean los ancianos en sillas de ruedas, otros apoyados fatigosamente en parientes que los conducen con cuidado, y en cambio, otros verticales y correosos, que revisan sus documentos y se ajustan el sombrero vaquero o el chal matronil de las ocasiones especiales. Delante

de mí, una pareja de viejos hippies reaccionan como un ente simbiótico: macilentos, con los viejos atavíos, estragados por las secuelas del Flower Power. Woodstock, cincuenta años después. Varias parejas en ese mood; se apoyan mutuamente en la edad tardía; profesores, cuadrados, bajitos, con proletarias camisas de franela; él con un bigote a la Silvestre Revueltas (que merecen mi respeto porque habito un flashback repentino que me manda a las escuelas arrasadas por el agua en las que estuve a inicios de los setenta). Ellas, las esposas, alegres, vigilantes, protectoras. Unas ancianas fronterizas despliegan glam, su cotilleo acelerado, sus sombreros anchos y pulseras tintineantes, con alguna que otra mirada clasirracista. Es el día de la vacuna de los adultos mayores y ellos han salido a habitar una ciudad tan suya.

En el momento de la vacuna priva la confianza, el cumplimiento del guion leído ante todos. Los mayores de sesenta años oyen concentrados el fraseo conminatorio de los médicos; asienten, se miran entre sí, obedecen las instrucciones. Enfermeras, ayudantes, médicos explicativos. Lo mismo en el salón de clase de una escuela pública, en el amplio estacionamiento universitario, en la entrada de una plaza de toros, en los recintos de un estadio beisbolero, o en la plancha de cemento de la Prepa Federal, bajo el estilizado minarete musulmán, todo transcurrió tranquilo y sin novedades. Así vivimos ese día sabatino, en la búsqueda de la vacuna presentida. La última línea de defensa, la esperada inyección del relevo orgánico. Un día multitudinario y convergente, esperado y benefactor, el Día de la Vacuna.

## UN POSIBLE RECuento

A un año del inicio de la epidemia hay mucho qué contar. Aquel marzo del 2020 se vislumbra remoto: el falso verano de medio año; el otoño en residencia, el invierno navideño con poco qué festejar. El inicio del 2021 con vacilación e incertidumbre. La ciudad muestra una reactivación, el repunte de su vida pública, los atisbos de una falsa normalidad. La gente volvió a las calles. Los bulevares llenos a cualquier hora. Los semáforos sanitarios van del naranja, al amarillo, al temido rojo, que demuestra que la zona está caliente. Una graduación cromática que ya no dice nada. Las autoridades locales manejan a conveniencia esas traslaciones del color; con cinismo ventajista. En el primer trimestre, la gente ha decidido salir, aunque un gran porcentaje prefiere la seguridad de la reclusión. Sobre todo aquel crucificado por las morbilidades que lo vuelven víctima segura del microscópico bicho que acecha en todas partes y en ninguna. Una mayoría anda por las calles, tráfico de autos casi a todas horas. Abiertos los centros comerciales, restaurantes, boutiques, bancos, no se diga. Se cumple un año en este marzo anticlimático y tedioso. Hay una apuesta colectiva por la normalidad, caiga quien caiga. La ciudad asume una normalidad forzada, poco natural que desconcierta. Primer aniversario con lluvia.

Como en una comedia de sesgo existencialista, muchos han esperado la vacuna. Ven fijamente el teléfono esperando la llamada de los Servidores de la Nación. Inscriben a sus padres o abuelos, en la lista de espera. Ya comienza la vacunación en serio, primero los mayores de sesenta años, siguen los cincuentones para el próximo mayo, y profesores, médicos, en la primera hornada. Se vigila la llegada de cargamentos, que ya la Pfizer asegurada, ya viene la Cansino y la Sinovac, ambas de factura china, montañas

de Astra Zeneca a granel se embarcan en los aeropuertos. Cuba fabrica la Soberana y México anticipa su propia vacuna Patria (“tu ronca voz me repetía”). Se gana milimétricamente a la pandemia o eso parece. La aplicación masiva de las vacunas va a ser, esperamos, el punto de quiebre de la epidemia. Del contagio masivo y la deriva hospitalaria, con altas tasas de mortandad a una situación de contención relativa.

Esta historia no termina y le falta mucho; la epidemia se retrae, gana fuerza, se aquieta o se relanza. No hay predicción que valga. Factores ajenos determinan ese rumbo. Las cicatrices de las pasadas pandemias perviven: la mal llamada “gripe española” de hace poco más de un siglo; la saga doliente y de larga duración del VIH, la muy reciente de la influenza (que no se ha ido), y la cepa infinita que nos ofrece el porvenir, cuyas reservas pestíferas emergen en sitios remotos. Se anuncia la nueva normalidad, pero ¿cómo viene, qué apariencia tendrá, qué precio debemos pagar por ella? La epidemia no se ha ido: se reconvierte. Con dificultades y vacilaciones, hemos aprendido a lidiar con ella. Somos rehenes de las noticias diarias, adictos al bloque de novedades que se escurren por las redes sociales. Ni siquiera las *fake news* nos amilanan, ya confiados habitantes de la posverdad. Dominamos el nuevo idioma. Fotos del álbum reciente parecen postales prehistóricas. Los hospitales siguen con las bengalas de alerta. Migrantes de varias naciones centroamericanas acampan en la línea fronteriza. Sentados, litúrgicos, desesperados, entonan rezos para ablandar a los vigilantes del Bordo. Los agentes consentidos de la Homeland Security ni parpadean. Se espera la vacuna como un momento ritual, de epifanía. Los divulgadores nos dicen que vienen otros virus, cepas más agresivas que el SARS-CoV-2, que ya hemos conocido en su duradera embestida. (Covid reloaded. Covid Al Cien). Y sin embargo, todo sigue pendiente. Los días de la nueva normalidad, el horizonte de la cotidianidad, los tambores de guerra

del pasado reciente. Como un caminito cercado de lápidas, un rumor de velorios repetidos, una visión de esquelas y obituarios. Aquí seguimos.

Con las escenas vistas en estos días de prueba, quizá la mirada se detenga, en rincones que antes no veíamos, en espacios oscuros que ahora reciben luz. Una parte de nuestras vidas estaba apagada, y ahora, con las vivencias asimiladas, nos resultan evidentes, como encender un switch de las percepciones.

En tranvías públicos, camiones, trenes conurbados, taxis colectivos, se recicla la infección grupal y sostenida, de aquellos desafortunados tocados por el sorteo de los contagios. El azar con su juego sucio de costumbre. La embestida viral tiene una puntería clasista. Se añora la normalidad, apenas dejada atrás, como si fuera una reliquia del pasado, una postal distante, una fotografía maltratada en el álbum de familia.

Este año, la ciudad frontera tuvo un desafío mayor: el aprendizaje del dolor, de las limitaciones de cada uno. La ciudad modificada sobre sus ejes, la cotidianidad dinamitada, los elementos de la identidad virados. Aprendizajes. La noción de la pérdida. Lo viral suspendido en el aire, abstracto pero demoledor. La visión de lo doméstico desplazado al centro. Para sobrevivir se tiene que demostrar fuerza, constancia y disciplina. Sin perder el eje de lo importante, la alegría de vivir, contra un escenario donde se multiplican las amenazas. Todo se centró en resistir, aprender de los avances y las derrotas. La ciudad modificó su pulso, su atmósfera, las reacciones instintivas de sus habitantes. Es necesario valorar muchas lecciones. Escenas inolvidables: heroísmos, procesos de adaptación, algo de extravagancia, voluntad de sobrevivencia, todo se agolpa en los días y las noches de ese año que vivimos en peligro.

Tijuana, Baja California, marzo 2020 - abril, 2021

## VOCABULARIO PERSONAL DE LA EPIDEMIA

**Aerolizar.** Transmisión por el aire del virus.

**Aforo permitido.** Porcentaje de público permitido por las autoridades, en reuniones, convocatorias o espectáculos, basado en la identidad del semáforo sanitario en ese momento.›

**Careta.** Mascarilla regularmente fabricada de acetatos, usada masivamente porque junto con la mascarilla se identifica como un método de defensa ante el virus.

**Covid 19.** El nombre rutinario del virus, que obedece también al apelativo científico de SARS-CoV-2.›

**Covidiota.** Ciudadano que infringe las reglas de convivencia e ignora las medidas sanitarias, con una actitud despectiva e irresponsable. Persona que banaliza la tragedia de la pandemia, mantiene una actitud reticente, basada en teorías conspiranoicas. Palabra incluida recientemente en el *Diccionario de la Real Academia Española*.

**Cubre bocas.** Mascarilla facial. Tapabocas. Barbijo.

**Cuarentena.** Reclusión obligada de la población, para cortar las rutas de contagio y asegurar el cese o ralentización de las infecciones.

**Neumonía atípica.** Padecimiento derivado de la acción concertada y persistente del virus, Es antecedido por la inflamación generalizada de los pulmones.

**Gel antibacterial.** Líquido de consistencia densa y fría que sanitiza y extermina la carga viral.

**Grupo de riesgo.** Mayores de edad, digamos arriba de los cincuenta años. Con enfermedades irreparables, de la intensidad que sea: las famosas morbilidades.

**Medidas sanitarias.** Conjunto de instrucciones, provenientes de la autoridad sanitaria para aminorar la epidemia y reducir el contagio. Entre estas: lavado frecuente de manos, sana distancia, obedecer el tiempo prescrito de cuarentena, alimentación orgánica para incrementar el sistema inmune de cada quien y reducción del contacto humano.

**Morbilidades.** Enfermedades preexistentes en el individuo, que lo hacen débil ante el ataque de la infección: diabetes, hipertensión, lesiones pulmonares, por ejemplo.

**Nueva normalidad.** Realidad a la que se aspira; situación equilibrada donde la epidemia no será un peligro para la población.

**Paciente cero.** El contagiado inicial, de ubicación imprecisa y conjetural; el término se utiliza en el rastreo epidemiológico para dar con el origen de la epidemia y sus causas, así como identificar la evolución y naturaleza del virus mismo.

**Pandemia.** Epidemia en su expresión globalizada. Carácter dinámico de la epidemia, por su amplio alcance, duración y cobertura territorial.

**Paracetamol.** Medicamento de impacto leve, de casi segura prescripción. Secuelas benefactoras aunque imprecisas.

**Prueba PCR.** Prueba de reacción en cadena de la polimerasa, por sus siglas. Confiable en la detección del material genético del virus, para identificar la presencia del Covid en el organismo.

**Rebrote.** En una tendencia típica de oleadas de contagio y pausas como planicies; el rebrote es una renovación de la tendencia de los contagios, a niveles alarmantes.

**Remdesivir.** Medicamento de reciente generación, apto para reducir las calamidades de la infección.

**SARS-CoV-2.** El nombre científico del temido virus.

**Semáforo epidemiológico.** Es un sistema de monitoreo para regulación del uso del espacio público de acuerdo con el riesgo de contagio de Covid-19. El semáforo toma sus colores para la pandemia y está compuesto por cuatro colores. “Rojo. No salgas si no es estrictamente necesario. Riesgo máximo. Naranja. Si puedes, quédate en casa. Riesgo alto. Amarillo. Actividades pero con precaución. Riesgo medio. Verde. Podemos salir, pero con precaución y prevención. Riesgo bajo”. (Manual del Sistema Educativo Estatal de Baja California).

**Sana distancia.** Una de las recomendaciones clave, guardar debida distancia entre las personas en los espacios públicos. Se marca en muchos casos, con una vistosa equis en el suelo.

**Tanques de oxígeno.** Oxígeno contenido en este dispositivo, de venta o renta, en todas las ciudades. Es uno de los bienes sujetos a la especulación y la escalada de precios.

**Vacunas.** Inyección de diversas clases y marcas internacionales. Otros nombres: Biológicos, Fórmula. Destacan: la rusa Sputnik, la Pfizer, de origen alemán; la Moderna, la Johnson and Johnson (muy usadas en EU); Astra Zeneca, las Cansino y Sinovac, conocidas por algunos como “las Chinitas”, entre otras.

## ÍNDICE

Covid 19. Aparición y estrago.....	7
Primeros días de epidemia y encierro.....	11
La ciudad en pausa (habitada/deshabitada).....	17
La casa familiar y las redes sociales.....	22
Fiebre en la calle. Tijuana-San Diego, 2009.....	28
Por la ruta del centro (sin tapabocas).....	31
Los hospitales. La lucha a ras de tierra.....	41
Una isla llamada maquiladora.....	48
Bajar la frontera. Los Baja Birds.....	53
Gente de frontera.....	57
La ciudad como teatro de variedades.....	61
Instrucciones para hacer una fila (donde sea).....	66
Fiesteros, rebeldes, insumisos.....	70
Informe de los días de julio.....	74
Los murmullos del Covid.....	80
Cineteca Covid. Tres ventanas.....	85
Breve crónica de los días.....	90
El Día de la Vacuna.....	104
Un posible recuento.....	109
Vocabulario personal de la epidemia.....	113

*Viaje a la ciudad en cuarentena* se terminó de imprimir el mes de noviembre de 2021 en Artificios Media, Abelardo L. Rodríguez 747, Colonia Maestros Federales, Mexicali, Baja California CP 21370. [www.artificios.club](http://www.artificios.club). El tiraje consta de 300 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Leobardo Sarabia y Pablo Domenech. En su composición tipográfica se utilizó la familia Times roman, 11 puntos.

---

En las páginas de *Viaje a la ciudad en cuarentena*, intento la crónica de los días de la epidemia, en una ciudad sitiada por la tragedia, la amenaza y el contagio. Notas rápidas en la calle deshabitada, desde la reclusión o con los ojos abiertos del paseante en sus horas extremas, para describir la ciudad, conocida, entrañable, despiadada. Esta crónica aspira a recrear ese tiempo excepcional, como una forma de reconocer (y recordar) esos días dilatados, enemigos, en el tiempo suspendido del confinamiento y en medio de la crisis sanitaria. Escribir lo que vemos nos da esperanza, una brújula para atravesar la epidemia, en un tiempo de contagio, acelere y transfrontera. Es memoria, registro y una apuesta por la sobrevivencia.

